

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

*Dedicado a un amigo de
mi juventud, llamado Gemon, que
me enseñó sobre los Elementales*
JAL

Los
Espíritus Elementales
de la
Naturaleza

Jorge Ángel Livraga



LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

PRÓLOGO

Según las reglas clásicas –que han durado miles de años porque son eficaces– existe en toda comunicación un método natural compuesto por tres partes vertebradas:

- 1) El prólogo, en el cual el autor explica el porqué y cómo va a tratar el tema.
- 2) El tema en sí o logos: lo que el autor quiere decir al lector, en el caso de un libro.
- 3) El epílogo, que constituye el remate y justificación final de lo tratado, el cual es, a la vez, resumen y moraleja.

Este pequeño manual se ceñirá a esas reglas porque pretende ser eficaz, dentro de las limitaciones del tema y del autor.

A medida que se acerca el final del conflictivo siglo XX (el siglo de oro para los que lo soñaron, pero de hierro para los que tuvimos que vivirlo, en el cual estallaron las más pavorosas guerras, se derrumbaron los más altos edificios éticos, se contaminó el habitáculo natural del hombre –la Naturaleza– y, por lo tanto, al hombre mismo) y se levantan del caos de la inconsciencia colectiva los monstruos milenarios del materialismo, el ateísmo y la maldad, ha surgido, por la vieja ley de la compensación, un interés redentor respecto a la faz oculta de la vida.

Este interés, que puede ser motor de insospechadas transformaciones de la sociedad, se ha visto también afectado por el medio en el cual se desarrolla, y sobre ciencias ocultas se han puesto a opinar cuantos pudieron hacerlo, olvidando que toda ciencia, exotérica o esotérica, tiene también su propia raíz, su propia teoría y su propia práctica. Es dañoso improvisar, y si se quiere inventar, hay que hacerlo según las leyes naturales que rigen los inventos. Ignorar esta metodología básica lleva a un tipo de ciencia-ficción en donde se toma por real lo que no existe y se pasa de largo ante las realidades, siendo el resultado final un amasijo de ignorancia y desconcierto, que provoca desplazamientos de la atención hacia lo instintivo y lo efímero, quemándose rápidamente –con mucho humo y poca llama– lo que pudo constituir un faro de esperanza y un foco de conocimiento alejado del intelectualismo que ha convertido al siglo XX en un fracaso y en cámara de tortura para millones de hombres.

Ante este apogeo de la farsa disfrazada de verdad, queremos aportar una pequeña pero auténtica luz. Y esta entrega no responde a ninguna finalidad mezquina que espere premios de aprobación o de retribución; es un acto puro de amor.

Haciendo honor a la verdad, jamás pensamos escribir esto y ponerlo a disposición pública. Pero visto tanto farsante que se ha puesto a fantasear sobre el tema, y convertidas en zarzas sangrientas, impregnadas de diabolismo, las sublimes rosas cuyo perfume permite a las almas sensibles su percepción, aunque sea en las tinieblas, nos

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

decidimos a levantar una diminuta punta del milenar velo. Velo que no era necesario cuando los hombres vivían en contacto con los mundos sutiles y sus habitantes. Cuando no les temían. Cuando no pretendían utilizarlos instrumentándolos en beneficio de sus pasiones.

Este pequeño manual es, por tanto, un paso hacia la esperanza, hacia la creencia en un mundo nuevo y mejor.

El tema central, los Elementales o Espíritus de la Naturaleza, será tratado de la manera más sencilla posible, a partir de una cosmovisión que permita descubrir –al lector espiritualmente preparado para ello– un mundo de seres que no son sobrenaturales, sino que existen en su propia dimensión, sean percibidos o no por quienes están presos en su propia esfera, centrada en los sentidos corporales.

El materialismo del siglo XIX no podía concebir la televisión y el sonido de la voz humana transmitida a distancia, cabalgando ondas de energía para las cuales no existen los muros más espesos ni los obstáculos físicos. Tampoco, que se pudiesen ver los huesos de un ser vivo a través de su carne. No queremos abrumar con ejemplos por todos conocidos, pero sí recordar que lo sobrenatural lo es solo para aquellos que tienen un concepto estrecho de lo que es natural. Los rayos ultravioletas e infrarrojos existen, aunque nuestro ojo desnudo no pueda percibirlos bajo formas e imágenes.

Los Elementales existen, aunque la enorme mayoría de los hombres haya perdido la capacidad de percibirlos. Esos seres, llamados por el moderno esoterismo Elementales, por el hinduismo devas y por el cristianismo ángeles, son tan variados y diferentes entre sí como pueden serlo, sin dejar de ser vegetales, un ciprés de un trébol.

Hagamos un esfuerzo conjunto. Volvamos a ser niños, volvamos a creer y a entender. Dentro del gran fracaso del siglo XX conformemos un módulo de supervivencia que parta hacia un horizonte luminoso y verdadero, dejando atrás los temores de la noche y los alientos corporeizados de la Gran Bestia de la ignorancia, el intelectualismo estéril y la desesperación.



Según los antiguos, existen ciclos tan largos en el universo que a los humanos les merece, uno solo de ellos, el nombre de eternidad. Esta es una nominación evasiva, pues en verdad el hombre no puede concebir la eternidad sino la duración constante. Y aun esta duración padece de una conceptualización deficiente, pues no entendemos cuándo comienza ni cuándo termina, sin dejar por ello de existir.

Todo intento de racionalización de este fenómeno se nos escapa, como el agua entre los dientes de un tenedor. Tan solo percibimos la mínima humedad que el paso del líquido dejó sobre el utensilio. Pero es lo único que de ello podemos obtener y a esto nos aferramos para tener, aunque sea, un atisbo de conciencia de aquello que rebasa nuestra conciencia en sí.

Lo que llamamos megacosmos –por darle un nombre lo más apropiado posible– constituye el conjunto de galaxias separadas por millones de años luz en lo material, y todo aquello que, por ser inmaterial, tiene para el hombre una existencia evidente, pero irreal para sus sentidos y para su inteligencia. Es... el Misterio. De ello jamás hablan los verdaderos esoteristas; y si se ven forzados, lo hacen de manera tal que no puedan extraerse definiciones que, por sus naturalezas, nieguen, limitándolo, aquello de lo cual tratan.

En el origen y la finalidad del megacosmos están los enigmas, todo lo que ignoramos e ignoraremos mientras estemos bajo nuestra humana condición. Ni siquiera podemos definirlo por negación, pues negar algo es ya darle una condición y abrir opinión.

Nuestra única seguridad interna es que en ello está Dios; pero no el Dios bueno o con cualquier otro atributo humanizado. Simplemente, Dios. Simplemente, Misterio. Es lo que ignoramos, sacralizado por su dimensión sobrehumana, pararracional y totalmente fuera de nuestro alcance conceptual...

Los indos le llamaban la No-Cosa y lo mismo hicieron todos los esoteristas de todos los pueblos. Todo está allí y nada está allí. Y no nos excluimos nosotros mismos, los seres humanos.

El cosmos

De la primera dualidad –Teos y Caos, Purusha y Prakriti o como se la quiera llamar– nació el cosmos inteligible, el que tenemos posibilidad de entender. De la entropía eterna del megacosmos pasamos ahora a otra entropía, el cosmos, que es dinámico, que marcha, se transforma y, en el gran juego de Maya, enfrenta miles de espejos. En él nacemos y morimos y renacemos miríadas de veces.

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El cosmos es axiológico y tiene una estructura piramidal, que procura la selección de los más aptos con el fin de que ayuden a los menos aptos. En este mundo hay verdad y mentira, placer y dolor, vida y muerte. Los ciclos son definidos y definitorios; existe el karma. Se hace mérito o demérito. El número de elementos que lo componen es fijo y siempre igual, pero sus combinaciones son tan numerosas que bien podemos llamarlas infinitas.

Aquí todo es válido, todo tiene propiedad, pero asimismo todo es relativo. Conocemos lo grande por comparación con lo pequeño, aquello que en presencia de algo aún más chico se vuelve comparativamente grande. Tenemos idea del movimiento por relación entre dos o más cuerpos; según en el que fijemos nuestra atención, diremos de él que está inmóvil. Si por ejemplo viajamos en un automóvil y nos concentramos en una montaña a la vera del camino, nos parecerá que es nuestro vehículo el que corre, pero bastaría con bajar los ojos y fijarlos en la guantera del coche para que la montaña se nos haga fugitiva.

Nuestra bendición y nuestra maldición en este cosmos es que siempre, alguna vez, alcanzamos lo que deseamos y damos veracidad a lo que creemos veraz, y viceversa. Percibimos a Dios si en Él creemos; la fe es el corazón de toda inteligencia.

Este cosmos, que nos es inteligible sin más intermediarios, es nuestro propio habitáculo: la galaxia a la cual pertenecemos, el sistema solar al cual pertenecemos, el planeta al cual pertenecemos, el país que habitamos y el suelo que pisamos.

Nuestra excesiva consustanciación con nuestro cuerpo material y con su entorno nos ha mutilado los sentidos para percibir, salvo como sensaciones primarias, toda vida que se desarrolle en una frecuencia vibratoria que escape, por debajo o por arriba, a nuestro estrecho espectro septenario, del cual tan solo hemos desarrollado cuatro rayos, y en este cuarto estamos fijos, percibiendo los otros seis como extremidades extendidas de un Hexagramaton que rodease un punto central.

El microcosmos

En sentido amplio lo constituye el hombre, y en sentido estricto cada hombre o mujer. El esquema está planteado en la actualidad según una dualidad básica: yo y mi entorno. Yo soy el punto central de este esquema, y mis otras seis posibilidades de concienciar se reducen, al considerar el huevo áurico de mi entorno, a cinco, que son mis cinco sentidos. Ha nacido el Pentagramaton ¡He aquí al hombre!

En el hombre del siglo XX, las herramientas, por sofisticadas que sean, no pasan de ser extensiones de nuestros brazos o nuestros pies. La radio lo es de nuestras orejas. La televisión, de nuestra vista. Un satélite artificial no es más que la transmutación de la piedra que lanza al aire un niño que juega. Todas son extensiones de nuestras posibilidades, pero no profundizaciones.

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

La cultura del siglo XX es una cultura horizontal, que se expande rápidamente como una masa de aceite, pero que, a medida que se expande, se adelgaza y se diluye en una fibrilación perimetral. Y aparecen huecos y desgarramientos en su propio seno. La sobrextensión la convierte en especular, y sus características la fuerzan a juegos caleidoscópicos desconcertantes de surrealismo artístico, social, económico, psicológico y religioso. No hay raíces ni perspectivas. El sistema está bloqueado.

El hombre desplaza velozmente su cuerpo, pero viaja atrapado en sí mismo, ciego y sordo, sin capacidad para el asombro filosófico y menos aún para la proyección metafísica. No se concibe el bien, sino la beneficencia; no se aprecia la paz del corazón sino la comodidad de las nalgas; no se medita sino que se especula. El mundo se ha transformado en una cesta de grillos presos que hacen mucho ruido, pero que no pueden trascender las mallas de un parloteo desesperado, aturdidos todos por sus propias colisiones psicológicas.

La opción es cruelmente simple: o se muere loco o se guarda silencio y se trata de vivir plenamente en todas las direcciones del espacio-tiempo.

Una buena apertura es el conocer otras dimensiones, donde moran otros tipos de seres. Esos que, cuando el hombre no estaba contaminado por su propia aglomeración exterior e interior, percibía.

Para ello, es indispensable que el hombre se sienta de nuevo parte del universo; ni su dueño ni su esclavo, simplemente parte de ese Macrobios que es el cosmos en el cual está insertado el microcosmos o Antropos. Descartemos las contradicciones inventadas en la Cámara de los Espejos y vayamos a las armonizaciones que nos son naturales.



LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

EL UNIVERSO COMO SER VIVO

Esta no es una hipótesis de trabajo ni una teoría; es una realidad. La Vida-Una es y está en todo. Lo que se llama vulgarmente nacimiento y muerte es mera transfiguración, cambios de aspecto según la perspectiva desde la cual se observa.

La entropía que mencionamos anteriormente es una cualidad del universo por la cual nada se pierde, nada se gana, todo se transforma, siendo los cuerpos meras sombras de los espíritus sobre la dimensión en que estos tienen sus conciencias.

Así, cuando el hombre tiene sed de cuerpo, renace físicamente, pues su karma acumulado cabalga sus deseos y sus temores. Se está siempre donde se desea o se teme estar.

Esto es posible porque, aunque la materia parezca discontinua, una gama riquísima de energías lo une todo. La energía es continua y su continuidad no merma con las diferencias de sentido e intensidad. El mar embravecido o tranquilo, en baja o alta marea, no deja de ser mar. No confundamos el Ser con sus cualidades. Incluso la Existencia es solamente la primera cualidad del Ser.

Dado que el Ser es, por propia definición, también existe. O sea, que vive. La vida del Ser o de Dios (de este Dios del que sí podemos percibir e interpretar sus obras, pues es Dios-En-El-Cosmos, o Dios Cósmico, o Anima Mundi) es el Jiva de los indos, el Mahaprana, que es soporte de todos los módulos pránicos, por pequeños que sean, modelados por la Inteligencia y sostenidos por la Voluntad.

Lo mineral, lo vegetal, lo animal, lo humano, lo heroico, el mundo de los dioses y la Columna de Luz que los re-une, todo vive, todo alienta, todo vibra y se mueve o se aquieta.

Aquel que pudo abrir sus ojos a la vida, lo percibe por doquier. Una vida inteligente, voluntariosa en su querer ser. Toma las formas y densidades que necesita. Se vuelve pez en las aguas, cervatillo en los bosques, roca en las montañas, relámpago en el cielo, beso en los labios, brillo en la espada, murmullos en el silencio, formas fugitivas traslúcidas en las noches, voces que nos hablan desde dentro de nosotros mismos, música de piedra en los viejos templos y arquitectura inmaterial en Wagner.

Todo vive por siempre dentro de este ciclo de vida, dentro de este Macrobios cuyo Espíritu es Dios-Nuestro-Señor. La muerte no existe.

Planos de vibración en el universo

Aun siendo la sustancia una, esta sustancia vibra y es rica en matices que otorgan diferentes oportunidades de formas de vida. Dentro de nuestro universo, y más

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

concretamente en nuestro sistema solar, existen diez planos de vibración, según puede entenderlos el hombre. De los tres superiores no vamos a escribir. Los siete restantes, que tienen importancia directa para el hombre son, de arriba a abajo:

* De la voluntad espiritual, llamado por los indos Atmá. Es el más elevado y está como inserto en el tercer plano cósmico de la Tríada o Logos Solar. De este Plano de la Voluntad Espiritual no se pueden dar características más detalladas, pues supera en mucho la capacidad humana de entender. Está más allá de la mente y aun de la intuición. Es el Gran Amenti de los egipcios; el vértice superior del Rombo de los Magos, del Cuadrado Mágico bañado en la Luz de Ammón, y es el Gran Azul, el Nilo Celeste donde navega la Barca de Millones de Años (una forma de mencionar a la Barca-Que-Boga-En-La-Eternidad).

* De la intuición, llamado por los indos Budhi, el Plano de la Luz desde donde parten todas las Iluminaciones Espirituales, representadas por la aureola que nimba las cabezas de las imágenes de Cristo o de Buda. Es el mundo de los devas o ángeles y de aquellos que han llegado a la Gran Santidad. En este plano, la relación sujeto-objeto-cualidad se da simultáneamente, pues el tiempo –por lo menos desde el punto de vista humano– no existe allí. Es la Mansión del Amor, de la Concordia. Allí está Shan-Gri-La, el Jardín Maravilloso donde los lotos jamás cierran sus pétalos, según la vieja creencia Bud de chinos y tibetanos.

* De la mente, llamada por los indos Manas. Aquí moran las series numéricas y los arquetipos. En este plano tiene el hombre insertada su Chispa Mental o el llamado Cuerpo Causal, sombra luminosa de sus potencias aún no desarrolladas en los dos planos que le son superiores. Es la Morada del Yo totalmente diferenciado o Ego. Es el Plano de los Ideales, de las Ideas Puras, del Ser Individual. Para los egipcios es Horus-En-El-Horizonte. Es el plano del vehículo del Espíritu Santo y la Sustancia de la parte superior de la Copa o Graal.

* De la mente con deseos, llamada Kama-Manas por los indos. Es la Sala de los Espejos. La sede de la multiplicidad y de la multiplicación de las formas. Es el Cofre de las Alhajas. Del brillo o luz reflejada y de la oscuridad; la Mansión de Pandora. La Esperanza y el Miedo. Es la Fragua de Vulcano donde se forjan los Artefactos. Donde las ideas se persiguen y se alcanzan, se unen y se separan. Los Mayavirupas o ideas-formas nacen y se desarrollan antes de precipitarse o de elevarse. Aquí viven los deseos y se conoce la angustia.

* De la psiquis o dobles luminosos, es el mundo vibratorio en el cual los arquetipos y los deseos toman formas orgánicas constituidas por materia sutil o energía polarizada. Muchas de estas formas tienen sus contrapartes en el mundo más denso, el físico; y aunque se las llama dobles, los verdaderos dobles son los robots orgánicos que son sus sombras. Por ello, los egipcios llamaban a los cuerpos humanos, en este plano, Kha o Doble Luminoso y le reconocían poderes sobre la materia. Los hindúes llaman a los cuerpos hechos con esta materia psicológica Linga-Sharira, cuerpos inapresables por medios físicos. La energía polarizada sobre arquetipos y la que los sustenta es lo que los cabalistas medievales entendían como Luz Astral en su parte más burda, pues hay otra

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Luz Astral que no está en este plano, sino en el segundo, que es donde se desarrollan los Sambhogas de los santos y budas.

Como cada uno de estos mundos tiene, a su vez, en sí el reflejo de todos los demás, aparte del propio (aunque los Anales de Recuerdos, llamados en India Anales Akáshicos no tienen su raíz aquí, pues necesitan de sustancia mental para registrarse), es en el subplano mental de este plano o Mundo Psíquico en donde se reflejan los recuerdos y hacen que las vidas pasadas de los hombres lleguen hasta su conciencia y puedan verse. Sin la Luz Astral serían como películas ya impresionadas pero que no se podrían, por transparencia, visualizar con la relativa facilidad con que logran impactar a muchas personas. También en este mundo hay reflejos de las cosas que van a suceder, pues estando más cerca del Plano Causal, los impulsos pasan por aquí antes de llegar a la Tierra física.

Los sonidos, los colores y algunos perfumes, tienen en este mundo su patria natural. Ya veremos más adelante cómo los Elementales extraen de este plano la raíz del armónico adorno con que visten a la Naturaleza.

* De la energía, llamado por los indos Plano Pránico, en donde los egipcios situaban su Llave de la Vida en su más terrenal expresión, que se manifestaba como Ankh. Aquí, la energía se polariza constantemente y de manera muy compleja, y mediante una dinámica electro-térmica (por decirlo en términos actuales que se parecen en algo a lo que queremos realmente decir) y el mantenimiento de una densidad media de la materia, se regulan las relaciones de velocidad relativa, de distancia, de cooperación entre los vectores de fuerza. Los efectos de estas fuerzas son los que plasman los cuerpos físicos, como lo hacen las limaduras de hierro sobre el huso magnético de un imán. En este plano están los cuerpos más densos de los Elementales y en él efectuarán sus fenómenos corrientes.

* De la materia, donde los indos situaban al Stula Sharira o cuerpo físico humano que, con su entorno físico, es lo que conforma el hábitat normal de los hombres, el soporte de todos sus actos. Es el Mundo de la Sustancia, el Malkuth de los cabalistas, siempre movido y coloreado por el Sekinah. Es, efectivamente, el mundo de la dualidad por excelencia. Si la definición clásica de materia es la de todo aquello que puede ocupar un lugar en el espacio, hagamos la salvedad de que ese espacio debe ser físico. Tan físico como la materia, y ese espacio no es más que la sombra de la energía, la limitación de la libertad –en cuanto le otorguemos a esta controvertida palabra el significado de atributo del Ser, más allá de la imagen restrictiva materialista de los seres como pluralidad dialéctica carentes de la suficiente Realidad para Ser en Sí–.

La energía desacelerada se convierte en materia visible a los ojos físicos. Atrapada y amontonada en nódulos gravitatorios, la energía se transforma en "cosa", con sus propiedades, algunas intrínsecas y otras que le vienen desde planos más sutiles como en el vulgar caso de la radioactividad, expresión registrada de la actividad íntima de la materia. Pero eso que llamamos "intimidad" es a la vez "profundización" y escape de la cárcel estrecha de la materia, cárcel en verdad tan solo de barrotes, pues los

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

vientos energéticos la traspasan continuamente. Y recordemos que los mismos barrotes no son más que viento detenido o desacelerado.

Para los esoteristas hay dos mundos que no tienen realidad: el primero que mencionamos, por estar muy por encima de nuestra posibilidad de captación y al cual tan solo hacemos referencia por habitar en él la cualidad de la Voluntad, sinónimo filosófico de Existencia; y el último o Físico, por ser solo la sombra pasajera de Divinos Objetos, en marcha hacia objetivos que no son perceptibles desde la perspectiva materialista. Pero en esta irrealidad tenemos nuestro cuerpo carnal, con el cual nos hemos encariñado tanto los humanos, y nada más que por ello debemos darle importancia y validez, ya que las cosas tienen el valor que les otorgamos. Fuera del valor real que cada una pueda tener, para el hombre esto es así. Imperioso y circunstancial. Cuando se está sediento en el desierto, vale más un vaso de agua que una tonelada de diamantes o una pintura pompeyana. La vida es tenida por bien y la muerte por mal. Todo se rige en base a esta primordial dualidad. La Vida-Una no es percibida corrientemente.



Según conceptos milenarios sobre la constitución del cosmos, este estaría constituido sobre la base de un solo elemento. Esto respondería al concepto de unidad que prima sobre los posteriores procesos de armonización de las dualidades de los inteligibles. Pero siendo el arquetipo uno, la sustancia debe ser, por fuerza, una en esencia. A esto se referían las publicaciones de Demócrito sobre el átomo como parte indivisible sobre la que se asentaba el cosmos. No es el llamado átomo que desde hace medio siglo el hombre desintegra al que se refirieron los antiguos griegos. El que hoy llamamos átomo (que literalmente significa sin partes y, por lo tanto, indivisible) no pasa de ser una micromolécula integrada a su vez por muy variados elementos. El átomo de los clásicos está más allá de todo lo que conoce la ciencia actual.

Pero en el plano manifestado en que nos movemos y nos es dado percibir y entender, podemos afirmar que existen cuatro elementos: la Tierra, el Agua, el Aire y el Fuego. Estos cuatro forman dos cruces generativas interpenetradas, ya que la Tierra y el Aire tienen movimiento horizontal y el Agua y el Fuego, vertical. Así, la Tierra es fecundada por el Agua y el Aire es fecundado por el Fuego. De estos cruzamientos surgen elementos vitales que se caracterizan por su impulso y acción benefactora para el hombre: la fertilidad material y la fertilidad energética.

No han de entenderse estos cuatro elementos como la tierra física, el agua física, el aire físico y el fuego físico, sino como grupos mucho mayores, que se representan exotéricamente por los cuatro nombrados. Asimismo, se corresponden con los cuatro planos inferiores de la Naturaleza: la Tierra con lo físico, el Agua con lo energético, el Aire con lo psíquico y el Fuego con lo mental. En Alquimia son los cuatro estratos que se plasman en el interior del atánor. En la base, la sal; en el medio, las dos formas de mercurio, y en la parte superior, el azufre coronado por el fénix de Fuego, forma de quinto elemento, que en estado natural es imposible hallar, pues es muy inestable al estar aún en su etapa formativa.

Los cuatro elementos influyen en las características de las cosas y, así, oímos hablar, aunque no siempre con conocimiento de causa, de vegetales de Agua, de piedras de Aire o de signos zodiacales de Fuego. En verdad, los cuatro elementos son como cuatro impulsos o notas musicales fundamentales de nuestra Naturaleza, dentro de la tónica de unidad dinámica que la caracteriza, que permite que estas cuatro modalidades se interpenetren y sean estructuradas por el plan divino que nos rige.

¿Qué son los Elementales?

Son formas de vida dentro de los elementos. Obviamente, es muy difícil explicar las características básicas que habrían de definirlos, pues al no estar sus cuerpos en el plano estrictamente físico en que se desarrolla nuestro entorno visual y auditivo, o

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

mejor expresado, al no estar sus cuerpos en la "posición" en que nos es fácil ver las cosas, aunque puedan estar de alguna manera en lo físico, se nos aparecen como inexistentes fantasías de los hombres primitivos o de los niños desocupados.

Estas formas de vida tienen sus cuerpos en el Plano Pránico y no por debajo de este. Pero como los planos no están cortados como por una navaja, sino que hay una gradación casi infinita entre ellos, y las circunstancias de la Naturaleza no son siempre las mismas (con variaciones que conocemos como el día y la noche, las épocas del año, la altura, la profundidad, la mayor o menor carga de electricidad estática, las diferentes presiones atmosféricas y las diversas temperaturas, los componentes pasajeros del aire como son las concentraciones de agua, de ozono, etc., sumado el todo terrestre a las influencias de los astros, especialmente del Sol y de la Luna), en ciertas ocasiones los Elementales caen en una mayor materialización que los hace sencillamente visibles. Pero aun en tan favorables condiciones no son observados normalmente.

Daremos un ejemplo: una hoja rígida de papel que estuviese sostenida a veinticinco metros de nuestros ojos, en pleno día, sería perfectamente visible si nos mostrase alguna de sus caras de manera perpendicular a nuestro ángulo de visión. Pero si estuviese de perfil e inmóvil, o se moviese al mismo tiempo que aquello que le sirve de fondo, sería en la práctica invisible para los que no estuviesen a la espera de su presencia. Difícilmente la podría percibir aquel que a priori negase la existencia de esa hoja de papel y no pusiese ninguna atención en descubrirla. Esto explicaría –aunque luego tocaremos más extensamente el tema– por qué las páginas de los viejos libros, las tabletas de arcilla, los papiros y los pergaminos, están llenos de referencias a los Espíritus de la Naturaleza y, en cambio, los elementos culturales de nuestra forma de civilización materialista y positiva carecen de esas referencias.

Para un conjunto humano que llega a negar alma a los vegetales y animales que vemos, tocamos y devoramos; para quienes la fidelidad amorosa de un animal doméstico, o la presencia y compañía vivificadora de un árbol o un rosal no dice nada más allá de formas y colores que atribuye a la casualidad o a más o menos inventadas leyes genéticas mientras los despoja sistemáticamente de todo atributo metafísico, es difícil explicar la existencia y presencia de los Espíritus de la Naturaleza. De allí que este intento no está dirigido a los pocos, ni tiene intenciones elitistas, sino que, ofreciéndose a todos, da por descontado que mientras no varíen aún más las características materialistas de inmediata herencia, serán sus propios lectores los que se autoexcluirán de sus beneficios.

**¿Qué antigüedad
registrada tienen los Elementales?**

Según las enseñanzas esotéricas, son más viejos aún que el hombre mismo sobre la Tierra. Ellos –habitantes, guardianes y consustanciados con los Elementos– existen como formas manifestadas desde que el mundo existe. Cuando este era tan solo una masa de gases radioactivos y materia incandescente, los Elementales del Fuego lo

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

custodiaron; al aparecer los gases estables en su composición química y la época de los grandes vientos, los Elementales del Aire cuidaron de que la evolución de esos incipientes gases y su estratificación sobre la recién consolidada corteza terrestre, se volviese cada vez más apta para las formas de vida física que estaban planeadas. Cuando los gases se hicieron pesados y se precipitaron como las primeras aguas y estas cubrieron la casi totalidad del planeta, dando lugar a las primeras formas realmente materiales de vida, los Elementales del Agua trabajaron y fueron modificando el primitivo aspecto del líquido elemento, en aquel entonces fuertemente sobrecargado de materias pesadas en suspensión, cosa que le daba una característica casi coloidal en los asentamientos, mientras que las altas olas rozaban con sus espumas aún no blancas las nubes bajas y compactas. Más tarde, como inmensas tortugas aletargadas, surgieron los escudos continentales, y sobre ellos velaron los Elementales de la Tierra dándoles características de fertilidad y ayudando a la enorme población forestal, que posibilitó formas de vida superiores y la plasmación de la Humanidad misma.

Cada cosa en el universo tiene su Espíritu Guardián. El planeta también lo tenía y a él obedecían las jerarquías de los Espíritus de la Naturaleza cuando empezaron los días y las noches. Aún lo tiene y lo tendrá hasta su desaparición. Es el Dyan-Chohan del Libro tibetano de Dzyan, el Alma Resplandeciente que rige la Tierra, o el Anima Mundi de los latinos (pues anima y mueve, y no hay que confundirlo con el espíritu o ego planetario del cual la Tierra física sería el cuerpo)

Este conocimiento es milenario y no sabemos cuándo empezó. Desde el mencionado libro tibetano hasta todas las demás referencias de la Antigüedad nos hablan de estos procesos que a la sombra de nuestra alienación científica pueden parecernos cuentos para no dormir.

Pero los Elementales, como esos que siendo pequeños y débiles pueden entrar en relación con los hombres, también llenan los libros viejos. Desde Súmer hasta Egipto y desde China hasta lo poco que sabemos de las culturas de América y del África negra, pasando por Polinesia y los habitantes de las zonas cercanas a los polos, y llegando a los siglos que nos precedieron en la civilización de Europa, los Espíritus de la Naturaleza tienen papel relevante en aquellas formas de vivir menos contaminadas y más naturales.

Narraciones sobre genios, gnomos, ondinas, elfos y toda la extensa gama de Elementales llenan la Historia de la Humanidad de tal manera que sin ellos no sería igual su desarrollo ni su narración, como podemos comprobar desde el mito de Enkidu y Gilgamesh, pasando por la Odisea homérica, las sagas de Arturo y Merlín, hasta los que enseñaron a bailar a Isadora Duncan e inspiraron los vidrios de Gallé.

Hasta hace muy poco, sus representaciones adornaron las proas de los navíos, y aún tienen cientos de estatuas en el mundo, bien en los parques, bien sobre las rocas que dan al mar.

Las abuelas (en el tiempo en que los niños eran niños, los adultos, adultos y los ancianos, ancianos, bien estuviesen en posesión de títulos universitarios, de nobleza, o fuesen analfabetas) contaban a sus nietecitos, sobre los Espíritus de la Naturaleza,

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

deliciosos cuentos donde los personajes eran ondinas, gnomos, hadas, elfos, de los que se describían características de forma y de vida, prodigios y apariciones.

La misma creencia católica en un ángel de la guarda, que cuida a las criaturas hasta que cumplen los siete años, tiene raíces mucho más antiguas que el propio cristianismo, y desde la Arcadia hasta América todos creían que los niños, por su pureza y fragilidad, tenían un Espíritu Guardián que les evitaba muchos accidentes y protegía de las fieras, dándoles asimismo orientaciones para volver a sus casas cuando estaban perdidos.

Lo más curioso de todo esto es que, en pueblos tan disímiles, los Espíritus de la Naturaleza se representan de manera semejante en sus distintas interpretaciones artísticas. En la tradición se habla de los mismos seres Elementales en la Europa Central del siglo XV que en el corazón de la India del segundo milenio a.C.

Si tenemos en cuenta que muchos de estos grupos humanos no se conocían ni sospechaban su mutua existencia, el que hayan tenido tantos puntos de coincidencia en la descripción de los Elementales, nos lleva a márgenes que rebasan toda posible casualidad. Es evidente que todos vieron las mismas o muy parecidas cosas y que obraban de iguales maneras. Se los atraía, se los conjuraba, se los repelía o se los temía... pero siempre del mismo modo. Esto reafirma que estaban, diferentes pueblos, ante un mismo tipo de fenómeno y que por lógica unicidad humana lo trataban de parecida forma. Como ante un río todos hicieron puentes más o menos sofisticados, pero puentes al fin. Y si todos los pueblos antiguos han hablado de los ríos y de los puentes que construyeron sobre ellos, es evidente que los ríos eran una presencia real. Lo mismo vale para los Elementales que eran para todos los pueblos antiguos una presencia real, que llega hasta nuestros días a través del folklore y los viejos tratados.



CÓMO SON LOS ELEMENTALES, SUS FORMAS Y MANIFESTACIONES

Dada la finalidad de este pequeño libro, nos referiremos ahora a las formas que asumen a la visión y percepción humanas los Elementales.

Anteriormente hemos dicho que los Espíritus de la Naturaleza tenían por cuerpos formas de energía y que no eran estrictamente físicos o materiales en la versión común del término, aunque la energía es también material, y a diario nos muestra sus efectos en el plano más denso de acción. El hecho de que la llamada electricidad sea energía y normalmente invisible no quita que al correr por la superficie de un cable metálico produzca fenómenos materiales traducidos en movimiento de pesadas piezas de una máquina, que a la vez mueve o traslada toneladas de materia. Y todos conocemos los fenómenos meteorológicos que se traducen en rayos y relámpagos, centellas y fuegos de San Telmo.

Por otra parte, la existencia de estados vibratorios intermedios entre la energía invisible y la materia visible hace que, según se rebasan esas fronteras, de arriba a abajo, la posibilidad de observación humana de los Elementales se potencie, aun sin proponérselo. Pero normalmente los Elementales tienen su parte más densa o cuerpo en el Plano Energético, pudiendo en condiciones favorables, ya citadas, reflejarse hasta cierta corporeidad en las zonas etéricas, que son mezcla y enlace entre lo que podemos llamar energía –cuya característica es la carencia de forma perceptible por nuestros sentidos– y la materia –cuyas características nos son evidentes y fácilmente registrables–. De ello podemos deducir que los Elementales tienen como propiedad una plasticidad mucho más veloz que la nuestra, siendo sus formas más inestables y dinámicas. Cuando esas formas se lentifican es cuando se corporeizan y su visión se vuelve más fácil, bien por factores naturales que mencionamos anteriormente, o bien por la voluntad de quien quiera verlos; voluntad que ha de ser fuerte pero no agresiva, pues cualquier inestabilidad en ella repercute en los Espíritus de la Naturaleza y los ahuyenta hacia sus refugios energéticos y a los juegos ópticos propios de su extraordinario poder para disimularse en los mismos elementos en que habitan.

Aunque sus variedades son prácticamente infinitas, como también lo son las de todos los seres vivos, podemos citar algunos ejemplos clásicos de Elementales:

**Los de la Tierra:
gnomos, hadas y enanos**

Denominación extraída del griego *genomos*, o «el que vive dentro de la tierra». La variedad de estos Espíritus de los elementos es, como en todos los demás, tan grande que abarca desde ciertos monstruos (que así podríamos llamarlos basándonos en el latín, en el sentido de "prodigios" o "alteraciones de lo normal", y siendo para ellos la tierra sólida el ámbito en el que se mueven, como para los humanos lo es el aire, no

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

encuentran otra resistencia en las más duras rocas, que nosotros ante las ráfagas de viento), hasta los pequeños enanos que refleja el folclore de todos los pueblos. De los primeros podemos decir que están en continuo movimiento, en expansión y retracción, pudiendo alcanzar tamaños semejantes al de los más grandes mamíferos conocidos. Los segundos, de aspecto humanoide, no suelen levantar del suelo más de un par de palmos.

Estos últimos son los más conocidos: enanos u hombrecillos inocentes, bondadosos y crueles como los niños. Carecen de toda conciencia ética y no podríamos decir de ellos que son buenos ni malos.

Traviosos por naturaleza, gustan de burlarse de quienes los buscan torpemente y son, en cambio, sumisos servidores de los verdaderos magos. Aunque los tiene que haber de ambos sexos, ni las narraciones ni mi propia observación registran hembras. El aspecto suele aparentar una edad madura, aunque no representa lo que nosotros llamamos edad, pues viven siglos y no conocen, como nosotros, los estados de niñez, madurez y vejez. Sus apariencias son siempre las mismas.

Salvo la cabeza, grande en relación al cuerpo como en el caso de los enanos humanos, son bien proporcionados.

Van siempre vestidos y parece ser que, sobre un patrón de ropa a la manera campesina, copian las modas humanas que les son contemporáneas cuando nacen, y así las guardan todos los siglos que duran sus vidas. No existe apariencia de desgaste en dichas ropas, aunque no dan la sensación de ser nuevas sino arrugadas y ajadas como si fuesen muy viejas, pero indestructibles.

Aun en los mayores grados de materialización, obtenidos tan solo en condiciones especiales y en lugares no frecuentados por los humanos, no emiten sonidos ni los perciben.

Huyen del Sol y aman la luz de la Luna, de los pequeños candiles y de las luciérnagas.

Apacibles, suelen estar mucho tiempo inmóviles.

Los hay no mayores que la altura de un puño, no más altos que un pulgar, como dicen los cuentos para niños. Estos son muy difíciles de percibir por los adultos, aunque ellos han de creer todo lo contrario, pues en presencia o cercanía de los humanos se esconden tras las cosas, en los rincones menos iluminados o, aprovechando su poder de pasar a través de la materia, en los cajones de los muebles que no han sido abiertos en mucho tiempo. GUSTAN de la cercanía de los niños y les sugieren lugares y posiciones para sus juguetes, bailes y cantos, corros y juegos de escondites. Traviosos, hacen encantamientos psíquicos que evitan a los adultos el hallar pequeñas cosas como lapiceros, gafas, agujas, clavos. Retirado el velo, se divierten viendo cómo se encuentran las cosas perdidas, a veces en lugares distintos a los que estaban, lo que presupone en ellos una cierta posibilidad de traslación, aunque es mucho más corriente que sus propios encantamientos, unidos a los desconciertos, angustias y apuros que provocan

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

sus travesuras en los humanos, hagan que sean las mismas personas las que llevan el objeto en la mano y lo colocan en otras partes sin ser conscientes de ello.

En las épocas de las corporaciones laborales, cuando el hombre no había automatizado su posibilidad de trabajo y cuando ponía verdadero interés en él –tal cual lo vuelven a poner los artesanos– los pequeños gnomos eran sus invisibles compañeros de taller, sus ayudantes de tareas. En casos excepcionales, algunos ocultistas lograron con su magia hacer trabajar ejércitos de gnomos, materializados, por lo menos en parte, en su auxilio; pero tal tipo de trabajos forzados desagradan a los Elementales, los que gustan de tener cierta iniciativa, que es un equivalente al juego o diversión.

También se han registrado en Oriente una variedad de gnomos, o simplemente mutaciones de los mismos, que llegan a tener una apariencia humana normal y que ayudan a los viajeros en los caminos, pueden hablar y dar consejos, aunque no comen ni duermen como los humanos y tampoco envejecen. En estos casos están siempre solos y son confundidos con monjes. La misma versión la encontramos en la antigua Grecia, pues los *monakhós* eran los emisarios de Hermes que, en las encrucijadas de los caminos, tenían sus escondrijos y cuidaban las primitivas ermitas. Se decía de ellos que no comían ni amaban, ni hablaban casi, prefiriendo hacerse entender por señales. La tradición quiere que tuviesen algo en su anatomía diferente a la de los humanos: las puntas de las orejas, lo que los emparentaba con otro tipo de Elementales de los bosques que luego fueron llamados silvanos. El típico gorro de Hermes servía para ocultar esta anomalía, que muchas veces fue relacionada con el mito del rey con orejas de burro y dotado de poderes parapsicológicos, como Midas.

Los gnomos u hombrecillos pueden, si lo desean, trasladarse con enorme velocidad y estar instantáneamente donde quieren estar. Y así, hacen pequeños servicios a los magos que están en relación de trabajo con ellos, como avisos a base de ligeros golpes dados en muebles, y otros que veremos más adelante. A pesar de no tener un alma en grado de diferenciación como la humana, logran la apariencia de ella bajo la influencia de un ocultista práctico que pueda comunicarse efectivamente con ellos.

Las hadas son, asimismo, Elementales de la Tierra, aunque sus múltiples variedades y la tradición literaria y popular las exalta de tal manera que, en numerosos países, la denominación es sinónimo de hechicera o maga, como en la versión de la Baja Edad Media y la renacentista del mito de Merlín en la saga de Arturo, en donde Morgana aparece como un hada.

De apariencia similar a la humana, sus tamaños varían entre el diminuto y el de una persona normal.

Regidas, asimismo, por la Luna, gustan de reunirse en lugares alejados de toda presencia humana y bailar en círculos en los prados circundados de bosques. La especial forma de reproducción de las setas, que configura una expansión de la especie en forma de anillo, ha emparentado estos vegetales, en la tradición popular, con los círculos de la hadas. Es que, ciertamente, son las hadas muy expertas en el conocimiento de las virtudes ocultas de las plantas y de los minerales. Hábiles en encantamientos, magias y

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

hechicerías, inspiran a los curadores naturales sus extrañas y a la vez rudas artes, en donde se mezcla la intuición con el recuerdo mutilado de una ciencia perdida.

Cierta variedad está estrechamente ligada a los humanos, y en las viejas monarquías solían dar a los recién nacidos sus regalos en forma de bendiciones, o de maldiciones si había circunstancias negativas de por medio. Gustan de los niños en general, sugiriéndoles juegos y protegiéndolos de los peligros, e inspirándoles telepáticamente las acciones que los preserven vivos y alegres.

Son atraídas por las golosinas y dulces, cuyo perfume y doble las tienta a soportar la, para ellas no siempre grata, compañía humana. Gustan de los sonidos armónicos y de las figuras geométricas circulares. De aspecto femenino, no conozco si las hay varones. No son las contrapartes femeninas de los gnomos, como vulgarmente se cree, pues sus características y naturalezas son distintas y se ignoran los unos a los otros, como pasa con animales de diferentes especies.

Los del Agua:
sirenas, nereidas, ondinas, ninfas

Las llamadas sirenas, lo son de la superficie del agua de mar. Sirenas, del latín *siren*, del griego *seiren*, son «las que encantan o seducen». Relacionadas con la música en la Antigüedad, se las hacía hijas de Melpómene. Se las describe con cabeza de mujer y cuerpo de ave, y también de pez. Aliadas de las formas elementales que rigen las brisas marinas, producen sonidos armoniosos muy parecidos a la voz humana, que pueden imitar por sus poderes telepáticos. Podríamos colocarlas en la cúspide jerárquica de toda una gama de Elementales que, siendo de Agua, necesitan de la combinación con el Aire para vivir. En el otro extremo estarían las pequeñísimas criaturas que viven tan solo en la espuma, que nacen y se disuelven con ella, sobre todo en las noches de luna llena. Según la antigua medicina, tenían estas últimas la capacidad de realizar extraordinarias curaciones en quienes se bañaban en las aguas. También servían a los magos, que podían leer augurios en la reflexión de la luz lunar o camino de plata de la luna llena sobre el mar en calma.

Existe otra variedad de sirenas que aparecen en las noches en que las olas se vuelven fosforescentes, al estar saturadas de formas animales, como las llamadas noctilucas. Traen malos presagios y peores recuerdos. Están relacionadas con el antiguo misterio de la Luna sumergida, del cual no hablaremos.

Las nereidas son poderosos Espíritus de la Naturaleza femeninos que servían de escolta a Afrodita, la Nacida de la Espuma. Pueden alcanzar grandes profundidades y habitan en grutas sumergidas. Su alta jerarquía las hacía también compañeras de Anfitrite, la esposa de Poseidón, Rey del Mar y de las Grutas Subterráneas, antiguo Señor de los Terremotos y de los Caballos, por lo que las espumas rizadas que alcanzan las olas se identifican con las crines de los caballos de Poseidón. Tradicionalmente

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

relacionadas con la realeza y el señorío, se las hace proteger las difíciles maniobras de los antiguos barcos de vela de los reyes y los emperadores.

Sus contrapartes masculinas son los tritones, también del séquito de Neptuno; responden al Trino Poder del Reflejo del Logos sobre el Gran Espejo o Cristal Negro de origen terrestre e ígneo, guardado en Thule para la Corona del Rey del Mundo. Tienen, como las nereidas, el cuerpo en su mitad superior semejante al humano, y en su mitad inferior como de pez alargado, a la manera de la serpiente de mar. Ataviados con algas y corales, perlas y conchas, tocan supersónicas caracolas etéreas anunciando el paso de los triunfadores. Conocen el secreto de los tesoros sumergidos y, en ocasiones, se los representa como violentos ejecutores de la voluntad de su amo, que con su tridente mágico, bien mantiene a los barcos sobre las aguas, o los empuja a las rocas y los desfonda. En épocas pasadas aconsejaban a los humanos viajeros en ciencias perdidas, provenientes de continentes sumergidos.

Las ondinas deben su nombre al latín, *unda*, literalmente: «ola». Habitan en los ríos, especialmente en las regiones donde corren entre rocas y producen cascadas y espumas rumorosas. Otras variedades son marinas y viven en las costas y playas, siempre en lugares recogidos, donde haya oquedades. Su forma se parece a la de una mujer en su parte superior, teniendo indefinido el cuerpo de cintura para abajo o semejando lienzos siempre húmedos que lo recubriesen. De muy largos cabellos, nadan a enorme velocidad, y en muchas ocasiones se confunden con las nereidas. Las tradiciones las pintan peinando sus largas cabelleras en actitudes muy femeninas y, en general, dan una sensación de debilidad y fragilidad, si las comparamos a la pujante y orgullosa fuerza de las nereidas. En la Antigüedad se atribuía a estas criaturas el tratar de encantar a los viajeros que, en parajes solitarios, se detenían junto a los torrentes; los invitaban a sus grutas a beber un licor mágico que les hacía enfrentarse con sus propios engendros interiores. Solo los puros y fuertes podían vencer y liberarse de peligrosos pactos con las ondinas, de ojos hipnóticos y dueñas de ciertas joyas, probablemente anillos, que ofrecían con la intención de que el caballero que las aceptase quedara de ellas prendado y rendido.

Las ninfas –cuyo nombre proviene del latín *lynpha*, «agua», y del griego *nymphē* en relación con las fuentes y manantiales– son Elementales de apariencia femenina, bellísimas, que habitan en lagos y en aguas tranquilas. Son, asimismo, guardianas de los manantiales escondidos en la foresta. A las ninfas se les atribuye un aspecto totalmente humano, hasta el extremo de no diferenciarse de las mujeres. En la Antigüedad se les atribuía el ser guardianas de los remolinos y ser tanto maléficas como benéficas, mostrando un carácter caprichoso y delicioso a la vez, que podía tentar a los mismos dioses. De aquellos tiempos nos llega muy vívida la imagen enjoyada de Aretusa, reflejada en las cerámicas de culturas helenísticas de la Magna Grecia, generalmente recipientes en relación con el agua, bien sola o mezclada con vino. Es característico su complicado tocado de perlas y cintas sobre los trabajados cabellos. En la saga de Arturo, emparentada con la del Rey del Mundo y el mago Merlín, es una ninfa la que devuelve de los lagos las espadas mágicas que darán fe de realeza a los galantes caballeros. Asimismo, aparecen en la llamada mitología germánica en relación con Tannhäuser.

Emblemas de belleza venusina, las ninfas están relacionadas con el amor sublimado y celoso, y contrario al amor carnal. Sus venganzas contra los caballeros que les son infieles suelen ser terribles. Eternamente hermosas y jóvenes, poseen ese secreto de la continua juventud a la que están condenadas, y castigan otorgando la tan discutida gracia de no morir. Pero su inmortalidad no es la espiritual y consciente, sino la deshumanizada, y la tradición quiere que sus intentos amorosos tengan como fin el humanizarse y adquirir un sentido humano de la vida y de la muerte. Criaturas enigmáticas, son expertas en encantamientos, en metales mágicos y en piedras preciosas, en el seno de las cuales se pueden ver cosas lejanas, pasadas y futuras.

Los del Aire: silfos y elfos.

El nombre de las criaturas Elementales que denominamos silfos es de difícil raíz etimológica, probablemente galorromana y derivada de los sonidos que producían los vientos en las arpas drúidicas que, como las eólicas griegas, solían suspenderse colgando de los árboles sagrados, para interpretar una música no humana

Estos Espíritus de la Naturaleza se caracterizan por vivir exclusivamente en el aire; son muy difíciles de percibir dada su naturaleza inestable, fluida, dotada de muy veloces movimientos, de tal modo que el investigador debe clavarlos en algo que no se mueva para poder hacer el más somero estudio. Este sistema enfurece a los silfos y les causa dolor. No tanto por la sujeción en sí, sino porque se les priva de movimiento, sin el cual desfallecen y llegan a morir. Es su necesidad constante el correr y trasladarse. Tan solo tienen apariencia humana en su cabeza, pues el resto del cuerpo, de difícil estudio, es parecido a la imagen que tenemos de los ángeles, pero menos apacibles y no siempre con solo dos alas. Tampoco estas alas, en los casos de Elementales del nivel en que los estamos describiendo, son tan blancas, agradables ni emplumadas como las de las imágenes griegas, romanas y cristianas. Estas han sido extraídas de tipos de Elementales superiores de los cuales haremos referencia más adelante.

Los elfos, del celta *faeries*, son Elementales de formas muy bellas y muy pequeñitos. A la manera de mariposas etéreas, viven en las cercanías y en la corola de las flores. Sus cuerpos son antropomorfos y los hay de figuras femeninas o masculinas, aunque ello no tenga estricta relación con su reproducción, pues copian formas humanas. Sus vestidos son a la manera de túnicas cortas y livianas. Sus movimientos constantes son semejantes a los de las abejas cuando liban en las flores.

Extremadamente energéticos, tienen grandes poderes curativos aunque en ese tipo de trabajo se extenuan hasta morir. Su radio de acción llega hasta donde lo hace el perfume de la flor. Las flores sin perfume no tienen elfos de este tipo. Son, en algunas de sus variedades, muy afectos a los humanos, sobre todo a los niños y a los que tengan inocencia y sensibilidad artística. La luz los excita y la oscuridad los apacigua. Gustan de los sonidos suaves, de los colores y de la luz reflejada en los espejos no muy pulidos. Sus graciosas figuritas se completan con pequeñas alas parecidas a las de las libélulas y mariposas, pero más hermosas, etéreas y en constante movilidad, a la manera de los

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

colibríes. Unidos de las manos suelen hacer aros de danzas y promueven los encantamientos benéficos. Sus tamaños varían entre un palmo de altura hasta menos de un centímetro. A veces se aquietan, como si durmiesen, en actitudes muy dulces. Otras, parecen estar pensativos u oyendo lo que los humanos no pueden oír. Son la gracia angelical personificada.

Los del Fuego: las salamandras

Estos Elementales son los más alejados en sus formas a la humana. El nombre que reciben tiene un oscurísimo origen etimológico oriental, de aportación árabe, que los relaciona con la famosa universidad de Salamanca, que en el Bajo Medievo europeo gozaba del esplendor de la plenitud del Islam. Ciertamente, allí se efectuaron estudios y trabajos sobre Alquimia, y bajo este término genérico se cobijan multitud de conocimientos, entre ellos los de los Espíritus de la Naturaleza, en especial los que calientan y también coronan el Atanor.

En el fuego de las chimeneas se les puede ver a la manera de serpientes negras, preferentemente en posición vertical, que se mueven velozmente y se retuercen sobre sí mismas.

El tamaño de las salamandras varía, desde el de pequeñas lombrices que se mueven en los fogones y hogueras, hasta las enormes que plasman las curiosas formas de los relámpagos y los rayos.

Nadie que no tenga santidad y experiencia debe atreverse a intentar algún contacto con estos poderosos seres, pues también rigen los impulsos electrobiónicos que corren por el sistema nervioso humano.

Hay metales que las adormecen y contienen, de manera que pueden colaborar en la eficacia de un amuleto con formas de magia demasiado peligrosas para ser comentadas sin los previos compromisos que hacen a los hombres incorruptibles.

Otras variedades de Elementales

Aunque este tema será desarrollado en otro capítulo, creo prudente señalar que los Espíritus de la Naturaleza que hemos descrito son solo los ejemplos más típicos de aquellos que se han reflejado fuertemente en el llamado folclore y en la tradición de los humanos.

La gama de Elementales es inmensa, desde los Regentes de los Planetas y aun de las estrellas, hasta los que mantienen con su vida la de los átomos.

En los Misterios de la Antigüedad se hacía referencia a ellos. Se los representaba con figuras geométricas, palabras sin aparente significado y cifras numéricas hoy

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

incomprensibles. Las referencias son veladas e indirectas. Es imposible encasillarlos en uno solo de los elementos.

Son los que rigen los momentos del nacimiento y de la muerte de todos los seres manifestados y también de las cosas, el traspaso de las almas por los distintos umbrales, los que se mueven en un espacio-tiempo que no es el que conocemos ni en el que vivimos.

Son los que vigilan la marcha del Reloj de la Historia desde fuera de esa maquinaria de causas y efectos encadenados de manera lógica. Los que cuidan de los Anales en donde se puede leer el pasado y el futuro.

Son ángeles y demonios. También, los dragones cuyo aliento calienta la Tierra. Las almas de los cristales geológicos que reinan sobre la estratificación de los minerales y que han condensado la luz de estrellas desaparecidas a nuestra vista. Los genios de las joyas. Otros, aprisionados en formas mentales de los dioses, a través de los eones, esperan el momento de conducir las delicadas operaciones del nacimiento y de la muerte de las galaxias: son los que habitan los cometas, ya sea los que fecundan determinadas zonas del espacio para que nazcan nuevos mundos, o los que quedan como último resto de otros astros pasados y derivan hacia los cementerios de estrellas. Asimismo, los más simples cometas que enlazan, como electrones de valencia, un sistema solar con otro.

Y más cercanos a nosotros, son los que moran en las entrañas de los volcanes y de las nubes. Los que, manejando invisibles pinceles, pintan los amaneceres y los atardeceres. Los que despiertan la vegetación en primavera y la adormecen cuando se acerca el invierno. Los que rigen la suerte en los cruces de caminos, en grutas encantadas y en montañas mágicas.

Son los genios que dan y quitan dones. Los que tocan la frente de los elegidos y los que hacen resbalar los pies de los que cayeron en desgracia.

Quien escribe esto sabe que en nuestro materialista siglo XX lo que acaba de mencionar suena a cuento para niños o a ciencia ficción. Y así debe ser, pues estos conocimientos vienen del pasado y del futuro. Son desconocidos e ignorados en el presente. Pero, sin embargo, se refieren a realidades, algunas de las cuales se hacen sentir nítidamente en la vida e inspiración de muchas personas, aunque la educación recibida les bloquee la capacidad de percibir o imaginar las causas, y aceptan lo que pasa con estólida resignación, con la característica amargura o la animalesca alegría que surge de estar sometidos a la enanocracia. Quien no pueda salir de la jaula del materialismo, jamás podrá percibir estas maravillas ocultas en la Naturaleza ni verá las huellas de los pasos de Dios sobre la Tierra.

CÓMO VIVEN LOS ELEMENTALES: SUPERVIVENCIA, SOCIEDAD Y RELIGIÓN

Aunque más adelante lo explicaremos con más detalle, debemos partir de la base de que toda observación y estudio de los Elementales por los humanos refleja las características de los primeros, aunque fuertemente teñidas y deformadas por las características propias de los segundos.

Podríamos pensar que, al no tener el hombre actual conciencia de la existencia de los Elementales, estos hacen su vida libremente según sus propias naturalezas. Esto es falso. Cuando los hombres ignoraban la existencia de las bacterias, al someter sus alimentos a temperaturas altas mediante la inmersión en agua hirviendo o a la exposición directa de una fuente de calor, destruían los microorganismos y los modificaban obligándolos a encapsularse, sin importarle al fenómeno la conciencia que de ese fenómeno tengan cualquiera de las partes afectadas.

De la misma manera los hombres, con sus diferentes formas de vida, más o menos mecanizadas e intoxicantes, con sus desperdicios propios y los de sus actividades laborales, con sus ansias y sus temores, con sus cambios de formas religiosas en ciclos de tiempo relativamente cortos para los Elementales, les afectan profundamente. También los Elementales modifican las vidas de los hombres, pues intervienen en los fenómenos climáticos, en la fauna y en la flora, especialmente la no doméstica, y aun en las formas de sentimiento y pensamiento individual y colectivo de los seres humanos.

Supervivencia y formas de reproducción

Al referirnos a los Elementales de una forma tan genérica como lo estamos haciendo, no podemos establecer promedios mínimos ni máximos en la vida de estos, pues es tan grande su variedad que algunos –como los ya mencionados de la espuma– se manifiestan durante pocos segundos o aun fracciones de segundos, y otros, gigantescos habitantes de los abismos marinos o de los macizos montañosos, viven decenas de miles de años. Si profundizamos un poco más el tema y consideramos que son Elementales los que rigen las variaciones de las órbitas de los elementos subatómicos y de los llamados nidos de galaxias –ya que configuran la inteligencia elemental de toda forma de energía– nos encontramos con que los límites anteriormente mencionados son simples muestras en medida humana para que podamos entender algo sin perdernos en lo insondable de lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, ya que toda cuestión de tamaño es relativa para nuestra concepción; y para el hombre, tal como dijese Protágoras, "el hombre es la medida de todas las cosas".

Es probable que el lector, cada vez que se mencionan los Elementales en cuanto rectores de las fuerzas de la Naturaleza –como las que se manifiestan en el constante marchar de las cosas, ya sea de las corrientes eléctricas, las atracciones gravitatorias o la

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

circulación de la sangre—, piense que estamos corporeizando e inventando espíritus y seres en donde tan solo existen relaciones entre masas de materia o de energía.

Desde el punto de vista materialista eso es cierto, pues quiere esta visión particular y restringida del mundo medir y pesar todos los aspectos y exteriorizaciones, las propiedades y los atributos, desentendiéndose del porqué en la constante alienación del cómo.

Así, nadie puede definir lo que es fuerza si no es por los efectos que la hacen perceptible, aunque para la mentalidad exotérica esto basta. Y si no basta, se recurre a la muletilla de la casualidad y se la pone en la cabecera del desfile de los acontecimientos. Gracias al desarrollo de la técnica en la especialidad de computación, podemos hoy hacer, en segundos, cálculos que miles de hombres no habrían podido hacer consumiendo todas sus vidas en ello, y tenemos comprobado que la suma de casualidades con que se quieren explicar los fenómenos naturales es imposible.

Al contrario, queda cada vez más demostrado que existe una causalidad con una evidente cascada de causalidades que dan sentido a la vida y a sus movimientos, puesto que las computadoras, después de todo simples ábacos perfeccionados que son programados según la capacidad inteligente de quienes las manejan, muestran que con lo poco que sabemos ya basta para negar la casualidad de los fenómenos naturales, y que existe un sentido de la vida, un inmenso plan, un ritmo como de danza en el universo. Y, asimismo, que si consideramos tan solo materia y energía como dos formas, menos y más sutil de una misma cosa, el universo se detendría, pues en su ecosistema hacen falta elementos inteligentes y sensibles que prevengan en lo posible los accidentes, que activen —a manera de invisibles catalizadores— determinados procesos, y que justifiquen una forma de psiquismo de la Naturaleza que vamos descubriendo.

A ese factor X, como gustan llamarlo algunos científicos de avanzadas concepciones, nosotros le llamamos Elementales o Moradores de los Elementos. Este es un conocimiento viejo como el mismo hombre y sus restos se conservan en el folclore de todos los pueblos, más o menos deformado por la superstición y la fantasía, por las costumbres y por las necesidades; pero es básicamente cierto.

Tal vez, por dar un ejemplo cualquiera, los *Red Caps* no sean como los narran los campesinos escoceses, siempre buscando nueva sangre para colorear sus gorros, y encaramados en las ruinas de los castillos; pero es inevitablemente cierto que donde hubo grandes batallas y matanzas, y donde han quedado restos de osamentas y armas que estuvieron mojadas en sangre, en los teatros de esos cruentos encuentros en los que la desesperación y el terror hicieron mella en tantos hombres y animales, se conserven por un tiempo formas mentales y psíquicas que impregnen de alguna manera el entorno, cosa que cualquier persona sensible puede percibir aunque no sea exactamente lo que se llama un médium. Descartar esta posibilidad a priori es bastante anticientífico y, más aún, antifilosófico. Donde hubo fuego, queda por un tiempo la tibieza de los rescoldos, y por donde corrió el agua se percibe humedad. Los actuales métodos técnicos basados en la percepción de los rayos infrarrojos delatan, por la mancha de frío completamente

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

invisible a nuestros ojos, dónde estuvo aparcado un automóvil en un lejano día de sol. Pero los briosos caballos de la técnica muerden el freno de un auriga casi ciego, que es la ciencia actual.

Recurramos pues a la vieja ciencia, a las tradiciones y al conocimiento esotérico en búsqueda de la verdad, de la cual una gota vale más que un océano de mentiras, por muy codificadas y publicadas que estén.

Así, los Elementales nacen, viven y mueren como todas las cosas manifestadas. La Ley es una para todos y Dios sabrá por qué es así. Lo que resulta evidente para nosotros es que todo lo que entra en lo que llamamos existencia, se desgasta y modifica hasta hacer peligrar sus características originales. La Inteligencia que nos rige ha optado por la renovación de las formas en preservación de lo más interno e importante, así como nosotros cambiamos la ropa usada por otra nueva cuando lo consideramos necesario y nos es posible hacerlo. Pero aun este ejemplo doméstico requiere una percepción del desgaste y un cálculo de posibilidades de reemplazo y de las modalidades del mismo a la luz de la experiencia anterior y de la capacidad presente de renovar.

Debemos tener en cuenta nuestra tendencia más o menos subconsciente de antropomorfizarlo todo y extender los detalles de nuestro ciclo vital a los demás seres, cosa generalmente falsa, pues cada forma de vida tiene, por fuerza de su propia naturaleza, características que le son propias más allá de la Ley única que nos rige. Que todo se renueve no quiere decir que forzosamente lo haga de la misma manera y en el mismo lapso de tiempo. Si bien los Elementales que están más cerca de los hombres, o sea, los que estos pueden percibir más fácilmente y viceversa, tienden a un antropomorfismo, por ser el hombre un arquetipo, dentro de su cápsula evolutiva difieren en muchas características.

Hay Elementales que son parecidísimos a los hombres y, por tanto, parecidas son sus formas de nacer, vivir y morir. Incluso en circunstancias favorables han llegado a corporeizarse tanto que, transformando su energía en materia (nada milagroso: de la misma manera se transforma la energía potencial de una piedra suspendida, en el cúmulo de fenómenos físicos de su caída; se hacen visibles y se cristalizan los gases pasando del estado invisible al líquido y al sólido; o las grasas y proteínas se transforman en tejido adiposo visible y tangible en el cuerpo humano) han convivido con las personas, y hasta mantuvieron con ellas amoríos y guerras.

En algunos de los casos han sido detectados como Espíritus de la Naturaleza, bien por su extraordinaria longevidad, por parir las hembras sin necesidad de cordón umbilical o por la sangre de otro color que la de los humanos. Asimismo se han visto rodeados por los fenómenos que hoy llamamos parapsicológicos, que la cuidadosa observación de nuestros antepasados no ha dejado de registrar, como dar evidente vivificación a los pastos con solo danzar sobre ellos, o poder señalar con toda seguridad el lugar exacto de tesoros escondidos, vetas de metales preciosos o aguas subterráneas.

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

La vieja afirmación de que algunas casas reales tuvieron sus orígenes en el cruce de un humano con un Espíritu de la Naturaleza, o con un semidiós, o con un dios mismo, no es tan descabellada como hoy nos parece al ver los restos petrificados de esas otrora dinámicas y creativas casas reales. Pero la ley de los ciclos es inexorable, y si los antiguos reyes hacían prodigios, los actuales necesitan de la aprobación figurativa de sus pueblos.

Otros Elementales son tan simples como un pequeño tejido energético, sin forma definida ni capacidad para hacer otra cosa que flotar en las cercanías de los rincones de las casas, o bajo las raíces de los árboles. La reproducción de estos nada tiene que ver con la humana y más bien la podríamos comparar con la partenogénesis celular. Son simples jirones de vida que no pueden ni quieren vencer el magnetismo del suelo, cerca del cual se arrastran. Con ellos juegan frecuentemente los gatos domésticos, enganchándolos en las proyecciones magnéticas de las puntas de sus uñas.

Los hay, también, que son verdaderos desperdicios etéricos que abundan y se amontonan en los lugares donde hay malos olores, miasmas, aires sobrecargados de las opacas emanaciones de los cuerpos enfermos, o perfumes venenosos de drogas y de plantas maléficas. La reproducción de estos es rápida, a la manera de las esporas en los hongos, y se los ahuyenta haciendo correr aire y agua limpios, haciendo penetrar la luz del Sol y aumentando toda forma de higiene física, desde el muy simple jabón hasta las nubes del incienso y la mirra o el estoraque quemados sobre una plancha caliente o carboncillos. Los populares palillos de incienso tienen poca eficacia, pues están confeccionados comercialmente con mezclas inadecuadas de productos innobles.

Como sería inacabable mencionar las diferentes formas de supervivencia y reproducción de los Elementales, daremos un ejemplo de una forma media de vida, en un hábitat restringido. Nos referimos a los gnomos que habitan los lugares poblados de pinos. Son estos criaturas tímidas que, por su gran longevidad (comparada con la nuestra), llevan copias de las ropas que usaban los campesinos de pasados siglos. Carecen aparentemente de toda sexualidad reproductiva, aunque son víctimas de una gran sensibilidad, de manera que cualquier emoción que tenga una mota de violencia los espanta y los hace desaparecer, utilizando sus formas y mimetizándose en las ramas y cortezas.

Se alimentan de las excrecencias áuricas de las resinas de los árboles y de sus perfumes, por lo que suelen aceptar obsequios altamente perfumados (entiéndase por aceptar el acercarse a ellos y absorber sus emanaciones).

No gustan de la compañía de los hombres, aunque su innata curiosidad hace que jamás estén alejados de ellos y los observen frecuentemente. Incluso les gastan bromas, que es una forma infantil de comunicación, produciendo ruidillos en la noche, tendiendo engaños psíquicos que hagan dificultoso el hallazgo de pequeños objetos justamente cuando son necesarios, o materializándose muy fugazmente a lo lejos de manera que dejan a los hombres y mujeres, preferentemente jóvenes, confusos y temerosos. Pero las concentraciones humanas los aterran y los dobles de los hombres aplastan los suyos y los emponzoñan hasta producirles terribles enfermedades y la propia muerte, que es

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

para ellos, como para nosotros, el abandono de sus vehículos más densos, con la diferencia de que en el caso de los Elementales la conciencia individual desaparece como acto, fundida en el alma grupal de su pueblo o grupo étnico.

Tienen instinto de supervivencia, pero no les desespera la muerte, pues tampoco tienen imaginación como para verse en otra situación que en la que en ese momento se ven. Les cuesta recordar y hay casi que forzarlos a ello, y aunque saben muchas cosas de manera innata sobre las propiedades de las plantas y las relaciones de los astros con los fenómenos terrestres, solo contestan si se les pregunta y si se les sabe preguntar muy pacientemente, volviendo al mismo tópico mil veces si es necesario.

A1 no poderse materializar jamás de manera completa, están incapacitados de hablar, si bien oyen, aun en gamas que escapan a nuestros oídos. Así se comunican con los humanos que gozan de su amistad, y en cierta forma imperan sobre ellos, en base a señas y esbozos telepáticos, haciendo la comunicación dificultosa y al principio muy lenta y desalentadora.

Sus apariencias son siempre como de viejecitos, aunque entre ellos notan las diferencias que les da la edad.

En determinadas épocas del año, cuando hay humedad y la Luna se ve tan solo ocasionalmente a través de las nubes, en horas cercanas a la medianoche, se los ve pulular en las ramas de los pinos. En otras ocasiones, de las axilas que esas ramas forman con los troncos o con otras ramas mayores, ellos extraen su prole, que creció dentro de una forma de saco amniótico etéreo del color de la resina. Siendo muy pequeños, los recién nacidos son en forma y proporción idénticos a sus mayores, y su desarrollo se percibe tan solo por el aumento de tamaño, mas no por otras variaciones que se puedan apreciar dentro de las especiales condiciones en que, se comprenderá, son observados.

Sociedad y religión.
Sistemas de gobierno

Como no nos cansaremos de recordar al lector, la cantidad de variedades de los llamados Espíritus de la Naturaleza o Elementales es tan grande como la que podríamos registrar en el reino animal; difieren las costumbres de las jirafas y de las tortugas, las de los perros y las de los peces. Ante un problema de igual magnitud, nos encontramos con el agravante de que, siendo los Elementales seres cuya corporeización normal se da en el plano de la energía, y son por lo tanto inmateriales e invisibles para la inmensa mayoría de los humanos –y cuando visibles, lo son de manera restringida–, toda generalización está condenada al fracaso.

Así, prefiriendo una pequeña verdad a una gran mentira, nos vamos a referir otra vez a un caso específico: los gnomos que habitan en los pinares.

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Viven en sociedad, en tribu, formando una familia extendida en donde cada uno guarda su individualismo, aunque está y se siente plenamente unido al resto de la comunidad. Como comparación pueden valer las relaciones que se establecen espontáneamente entre los niños humanos antes de haber sido contaminados por la educación (o mejor dicho, antieducación) a que hoy los someten los mayores. Para un niño, el que otro tenga alguna diferencia de color de piel, sea tartamudo o cojo, puede ser motivo de broma, pero jamás de segregación del grupo. Se le invitará y hasta se le forzará a mantenerse cerca y se le tendrá en cuenta para todo. En donde los niños y los Elementales pueden mostrarse individualistas es tan solo en pequeños secretos y travesuras que no quieren comunicar a los otros, como si de algo mágico se tratase.

Esta sociedad no es comunitaria, a la manera de la que propone Platón y la casi totalidad de los sociólogos de una manera u otra, tal vez porque no cabe en las expectativas de los Elementales la noción de progreso y no pueden concebir un Estado, en el verdadero sentido y según la definición platónica del mismo.

Cada Elemental trabaja y vive para sí, pero en apretado compañerismo con los demás, y aparte de algunas cómicas rencillas, sabe que puede contar con todos, aunque se cuidará mucho de no interferir la labor de los otros sin necesidad.

Si bien tienen el alimento aparentemente asegurado, por lo menos en lo inmediato, y no se nota desgaste en sus ropas y saben prepararse sus propias medicinas, se los ve constantemente ocupados.

No se entienda por esto que están en febril movimiento a la manera de las abejas de una colmena, pero el espíritu es el mismo, aunque el ritmo aparezca como mucho más apacible y libre. Más adelante escribiremos sobre sus ocios y juegos. Ahora lo hacemos del trabajo, aunque en los Elementales todas las formas de actividad y modos de vida están de alguna manera eslabonados y es difícil saber dónde termina una para empezar la siguiente.

Los Elementales están muy relacionados con el reino vegetal, el animal, y aun el humano, si les permitiésemos, con una vida más cercana a la Naturaleza, acercarse a nosotros. Velan incansables sobre labores tales como las de repasar el aura de las plantas, hoja por hoja, y de los pastos, brizna por brizna. Refuerzan con inyecciones energéticas las partes poco vigorosas, y mediante formas de excitaciones de unas fibras sobre otras alcanzan a modificar la orientación de una rama o de una hoja para que realicen mejor los fenómenos fotoquímicos y físicos que permiten vivir a los vegetales y ayudar al entorno con sus exhalaciones.

Magnetizan a los animales, los atraen o los espantan según las conveniencias. También tratan de hacer lo mismo con los seres humanos, especialmente con los niños muy pequeños, pero son rechazados por los ruidos destemplados de las maquinarias, por los olores de los insecticidas y por los vapores alcohólicos, y muy especialmente por las formas astrales de cólera y por las ideas-forma de maldad, usurpación o asesinato.

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Los Elementales de los pinares, salvo en las difíciles excepciones en que alguno de ellos entre en relación y brinde obediencia a un humano, no se alejan jamás de un área restringida, normalmente alrededor de un árbol cada grupo y de un bosque todos juntos.

Su forma de sociedad es semejante a una teocracia, pues cada grupo tiene un monarca, pero este cumple con funciones que podríamos llamar religiosas y su mandato no emana de elecciones ni consensos sino de la gracia otorgada por el espíritu, genio o tótem de la tribu.

El sistema de gobierno es absolutamente natural, o sea, piramidal y popular: una jerarquía inamovible, honrada, ejemplar, que trabaja y se preocupa más por su pueblo que por sí misma, no negando sus atenciones a nadie. Los pocos culpables por faltar a la observación de esta ley milenaria de la costumbre tradicional, son apresados, amonestados y puestos a trabajar en tareas vigiladas hasta que poco a poco se reintegran a una comunidad que no les recordará jamás sus delitos, si así podemos llamar a lo que más bien parecen simples olvidos o productos de interferencias psicológicas que tan solo hallarían en lo humano paralelo con algunas formas de locura obsesiva no peligrosa.

El rey es el rey como el agua es el agua y la Luna es la Luna. A ningún Elemental se le ocurriría discutir eso o ponerlo en duda. No teniendo una mente como la nuestra, no conciben los cambios ni las revoluciones. Están sanamente contentos con lo que conocen y, por las dudas, no aspiran a conocer nada más. Muchas veces, reflexionando sobre ellos, me ha sorprendido la inmensa sabiduría milenaria de sus sistemas y lo grandemente constructivos que son para el plan de la Naturaleza, y las muchas bondades que otorgan sin esperar por ello recompensa alguna, ni concebir siquiera una forma de pago por su dación al todo. Si a veces sienten inclinación por alguna golosina o por la presencia de algún humano que los haya encantado, no tienen en su sentimiento ningún afán posesivo ni pasión alguna; simplemente se acercan a ellos como el caminante se acerca a un fuego, a veces más por curiosidad y por la búsqueda de un dulce y suave placer que por otra cosa.

Los Elementales tienen sus secretos, equivalentes a nuestros secretos de Estado, y no sé por qué el rey es el rey ni por qué sus ayudantes son elegidos por él de entre los muchos del grupo. Sí sé que el conjunto los respeta definitivamente y que, a su manera, pueden dar mil razones de la mayor magnitud de sus gobernantes... Pero no de dónde ellos provienen.

Se reúnen en periódicas asambleas, en noches de luna llena, en las que forman verdaderas comisiones de trabajo, se mantienen informados de la marcha de toda la comunidad, de quiénes murieron y quiénes nacieron y de cualquier otra novedad, todo con un espíritu de gran paz y experiencia, como quien realiza un rito millones de veces repetido.

Aunque todos parecen iguales y no conozco escuelas que los diferencien, algunos son más sabios que otros en determinados temas, y mutuamente se consultan. Se atienden. Se ayudan. Ante un humano aceptado por ellos, le llevarán de uno a otro

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

para tratar de contestar sus preguntas, ante las que hay que estar siempre preparado para lentísimas y fraccionarias respuestas que luego habrá que encajar unas con otras, para lo cual los Elementales parecen totalmente incapaces.

El humano que haya logrado entrar en su encantamiento y se haya hecho amigo de uno de ellos, se convertirá automáticamente en su amo, pues otra forma de relación que el mando y la obediencia no entienden. Su mismo sentido de compañerismo entre ellos no es más que el compartir determinadas ordenanzas y deberes, obligaciones y derechos. Así, obedecerán al humano mientras este, a su vez, respete sus naturalezas y no les obligue a hacer nada que esté en contra de sus costumbres y aceptaciones. En estos casos, se esfuerzan muchísimo en ser útiles y hasta llegan a materializarse puntualmente para hacer sonar fuertemente una puerta o golpear un mueble, adelantando la llegada de su amo a su casa, por ejemplo. Es tan armónica la forma de sociedad que mantienen que, cuando por excepción, alguno de ellos está bajo la influencia de un humano, otros le hacen sus trabajos pendientes y le ayudan en todo lo posible a que cumpla bien su nueva tarea. De alguna manera es para todos una inocente y dulce alegría que alguien del reino humano, al que admiran mucho, se comporte benéfica y respetuosamente con alguno de ellos.

Cada uno tiene un nombre y por él se reconocen, aunque por razones rituales lo cambian periódicamente.

De sus respuestas se extrae que son muy conocedores de todas las ciencias naturales, incluyendo la medicina y la astrología. Pero su sapiencia es heredada, práctica, y no sabrían teorizar sobre los fenómenos registrados y evidentes. Llevan el Arte intrínsecamente y gustan de bailar y hacer sonar rústicos instrumentos astrales, así como de combinar las vibraciones que nosotros reconocemos como colores una vez plasmadas en las cortezas, las hojas y las raíces.

Ya narraremos algunas labores de otras variedades de Elementales.

La religión de los Elementales que habitan los pinos es una forma de naturalismo que se centra en el culto al Espíritu del árbol que los cobija; a él hacen ofrendas de danzas y de aportes de energía astral y energética. Como sumo sacerdote actúa el rey, pero todos participan de manera activa, no debiendo entender al rey-sacerdote como un intermediario sino como un maestro de ceremonias. Tienen sus épocas para estos cultos, así como tienen épocas para nacer y épocas para morir. Una sola alarma, que yo sepa, los congrega a deshora, y es la aparición sobre la superficie de la tierra de unos enormes monstruos Elementales que habitan en las profundidades, y que estirando una trompa succionadora los tragan, alimentándose aparentemente de ellos, en gran cantidad. No he registrado medios de defensa contra la amenaza, sino la simple evasión y prevención.

Un árbol no muere hasta que no muere su raíz. Cuando ello ocurre, sus Elementales servidores y devotos hacen una compleja ceremonia para trasplantar el genio o Espíritu del árbol –que fuera de su contenido material, asume en los pinos una extraña forma alta, alargada y casi humanoide– a una semilla o retoño. Todo el pueblo, ayudado por los demás pueblos Elementales del bosque, si los hubiese, ayudarán en la

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

ímproba tarea de que el nuevo árbol crezca sano y libre de plagas, depredaciones e incendios. Cuando llegue a un cierto número de años y cobre una forma adulta, lo convertirán en el centro religioso del grupo, y el ciclo recomienza.

Más allá de este totemismo que a los humanos puede parecer estrecho, los Elementales tienen una sensación religiosa superior, como de algo que fuese el dios del árbol y del universo todo, al que ven como un inmenso árbol cuajado de estrellas, coincidiendo misteriosamente con las tradiciones del Árbol Luminoso que aún recogen el cristianismo, el brahmanismo y los cabalistas hebreos. Pero evitan referirse a ello demostrando una prudencia y practicidad mística, de la cual los humanos suelen estar desprovistos.

Así, supervivencia individual, sociedad, religión y esbozo de Estado se funden en una sola forma o, mejor dicho, sentido de vivir, sin mayor conciencia de la inmortalidad, pero no concibiendo la muerte como nada definitivo sino como una expresión más de los ciclos de la Naturaleza inexorable y, dentro de sus alcances, inmutable.



RELACIÓN ENTRE LOS ELEMENTALES Y LOS HUMANOS

La relación entre lo que podríamos llamar el mundo elemental y el mundo humano es mucho más estrecha de lo que cabría suponer en el estado y modalidad de las líneas regentes del pensamiento en el momento en que escribo, a menos de dos décadas del final del siglo XX.

Es cierto que la Humanidad, con su explosión demográfica incontrolada, sus modificaciones no siempre beneficiosas del hábitat, su tendencia hacia la artificialidad y el rechazo de todo lo que no se encuadre en las doctrinas materialistas o religiosas exotéricas, ha tendido una cortina de humo entre ella misma y su entorno metafísico. Pero más allá de las ocultaciones e ignorancias, las cosas son como son. Aunque un millón de ciegos gritasen a una que el Sol no existe, este seguiría como siempre, dando luz y calor a todos, incluso a los que lo ignoren y lo nieguen. Y no demos un valor axiológico a esto: lo haría respondiendo a su propia naturaleza y porque no puede negarse a sí mismo, no puede dejar de existir.

Hoy tiene enorme importancia la opinión. El péndulo de la Historia ha ido desde la prioridad absoluta del Profeta, del Caudillo Divino, cuya voluntad expresada era ley para todos, hasta su actual antítesis, en la cual impera el número y la opinión sobre la calidad y el juicio. El nebuloso parecer de un retrasado vale tanto, y a veces más, que la sabiduría del estudioso. Depende de la acumulación de medios de expresión logrados por uno u otro, o lo que los intereses creados dispongan al respecto. Se sobrentiende que un periódico, por ejemplo, que tirase medio millón de ejemplares por día, ha de contener más verdad que otro que solo alcanzase unos pocos miles, peor presentados y distribuidos. Así, los humanos creen como cosas ciertas o inciertas, veraces o mentirosas, lo que los escondidos amos de la opinión pública quieren a través de los muy difundidos medios de comunicación masiva. El hecho evidente y demostrado múltiples veces de que la ciencia se contradice, y también lo hacen las religiones con el correr de los años, tendría que alertar seriamente sobre la falibilidad de ciertas aseveraciones; pero no lo hace, pues los medios de difusión están tan extendidos y han calado tan hondo en el subconsciente humano, que a las ciencias se las tiene por verdaderas y a las creencias por infalibles aunque en menos de cien años se hayan retractado de muchas de sus aseveraciones, reemplazándolas por otras igualmente huecas y pedantes.

Podría pensarse que tal cosa responde al carácter evolutivo de una modalidad de pensamiento que busca la verdad y la afirma cada vez que la encuentra; pero esta sería una falacia, una concesión contra natura.

Se sobrentiende, por razones de evidencia, que si un niño evoluciona y se convierte en hombre, este ha de contener y reafirmar desde la forma externa hasta la esencia interior del niño, y no todo lo contrario. Sin embargo, no pasa lo mismo con las ciencias y creencias y aunque existen miles de ejemplos, vamos a dar tan solo unos

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

pocos como incentivo para que el lector, por sí mismo, recuerde y descubra los que le plazcan.

En las grandes universidades de Europa se afirmó científicamente que los aparatos más pesados que el aire no podían volar, a mediados del siglo XIX. En el siguiente siglo XX las grandes universidades de Europa afirman todo lo contrario.

La doble censura del Estado y de la Iglesia es una institución aceptada bajo la forma del Santo Oficio sobre toda expresión hablada o escrita durante siglos, hasta entrado el XIX. Hoy, los Estados y las Iglesias se llevan las manos a la cabeza, escandalizados porque pudiese cercenarse la libertad de expresión, si bien de espaldas a la opinión lo siguen haciendo aunque en menor grado.

El diario vaticano *L'Osservatore Romano*, haciéndose eco de opiniones vertidas por el papa Juan Pablo II, ha condenado duramente a los astrólogos y a los horóscopos. Pero los papas Pablo III y León X, por mencionar solo algunos, creían en la astrología y hasta tenían astrólogos para saber cuáles eran las mejores horas para convocar a los cardenales. Por orden papal, la antigua universidad romana de Sapienza dictaba una cátedra de Astrología, cosa que no quita que, anteriormente y bajo la forzosamente supuesta inspiración del mismo Espíritu Santo, otros papas hayan condenado esta ciencia en el Concilio de Toledo del 447 y en el de Braga del 561. Un teólogo como Pico de la Mirándola decía: «La astrología corrompe la filosofía, adultera la medicina, debilita la religión, favorece la idolatría, hace a los hombres miserables, ansiosos, fatalistas, esclavos e infelices». Si recordamos que el papa Julio II encargó a sus astrólogos elegir el día más apto para su coronación, la contradicción se hace evidente. No son variaciones de formas o adaptaciones temporales: son negaciones esenciales y prácticas opuestas. Denotan desconcierto e ignorancia, por más dogmáticas que sean sus afirmaciones.

Pasa exactamente lo mismo respecto a los Elementales. La gente ha creído en ellos o los ha negado según las modas y las alienaciones psicológicas de cada momento y región. Pero más allá de todo ello, los Elementales existen, y durante milenios incontables la Humanidad ha recopilado testimonios de su existencia. Y lo más importante es que estos testimonios son coincidentes en diferentes épocas y países.

Las antiguas religiones, con su trasfondo misterioso, mucho más ecológicas que las actuales, los habían asimilado y sumado a sus santorales humanos. Regentes de fuentes y montañas, de ríos y caminos, los Espíritus de la Naturaleza mantenían relaciones y comercios físicos y psíquicos con los humanos.

Tal vez haya llamado la atención al lector que desde épocas muy antiguas no se haya logrado domesticar ninguna raza de animales salvajes. Cuanto más, se doman individuos aislados, pero sus hijos nacen y crecen con los mismos instintos y peligrosidad para el hombre.

El secreto consiste en que los antiguos, por su trato frecuente e intenso con el mundo elemental, lograban a través de él influenciar con verdaderos encantamientos al

alma grupal de una raza de animales, de tal forma que, ayudados por oportunos cruces y asentamientos, lograban que los bóvidos salvajes se acostumbrasen a convivir con el hombre, trabajasen para él y se dejasen ordeñar y encerrar mansamente. También de los lobos surgieron los perros y de las panteras y los linceos, los gatos. Las aves, los peces y los reptiles igualmente estuvieron durante milenios bajo regímenes domésticos humanos, aunque últimamente hayan escapado casi totalmente de ese encantamiento y vuelto a su forma primitiva y salvaje.

Asimismo, los Elementales contactaron con el hombre y le instruyeron sobre el poder curativo de las plantas, enseñándoles a recogerlas, plantarlas y trasplantarlas en los momentos adecuados del año y bajo la influencia de determinados astros. Le enseñaron a quemar resinas para atraer a los buenos Espíritus y alejar a los perversos, curtir pieles y fermentar líquidos. Le comunicaron el aparentemente enigmático origen de las levaduras y, mejorándolas, le enseñaron a no perderlas para poder reproducirlas continuamente.

Le enseñaron dónde estaban las ocultas fuentes de agua mineral y termales. Por ello es que en los últimos quince siglos, desde que los Elementales no reciben ofrendas masivas en los templos, Occidente tan solo puede redescubrir las fuentes que ya habían utilizado los romanos por última vez, y antes que ellos tantos otros pueblos. Pero ignoran, incluso haciendo uso de aparatos electrónicos y de improvisados rdomantes, el arte perdido de hallar una verdadera fuente de aguas minerales.

Los Elementales mostraron a los hombres las vetas de metales y las piedras capaces de resistir las tensiones de la arquitectura, o de canalizar las energías cósmicas y telúricas convirtiéndose en amuletos. También les señalaron las flores benéficas y sus utilidades para los ritos de amor y de muerte. Mostraron a los humanos las claves de los movimientos de las bandadas, cardúmenes y manadas con fines adivinatorios, ya que el alma grupal de los animales presiente los cambios de la Naturaleza.

Los hombres de las primeras razas inteligentes fueron instruidos en las artes de la navegación y del sembrado por los Elementales, quienes a su vez respondían a los requerimientos de los dioses. Hicieron bajar oportunamente el fuego del cielo y lo hicieron surgir de las entrañas de la Tierra a la vista humana, y les mostraron cómo los rayos grababan en las piedras los signos primeros de una escritura geometrante que inspiró todas las demás.

Les transmitieron el conocimiento del poder de los cristales naturales, es decir, de las gemas que rodearon prudentemente las sabias cabezas de los primeros reyes-sacerdotes. Les instruyeron aun en lo que los Elementales más temían, por sus cargas magnéticas: el uso de las formas afiladas y puntiagudas, basadas en los metales rojos y negros con empuñaduras cuajadas primero de rocío y luego de piedras preciosas y mágicas que se cargan con la luz de las estrellas y con la sal depositada por las manos de los guerreros.

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Disfrazados de comadronas, enseñaron a los primeros sexuados a tener vástagos y a darles a luz correctamente. E incitaron en hombres y mujeres los juegos del trabajo, de la guerra y del amor.

Fueron puentes entre los altos dioses y los humanos, y llevaron a sus protegidos a las aras de sacrificios con tal de que la relación religiosa y misteriosa perdurase.

Hoy los artificios han reemplazado en buena medida la relación entre los humanos y los Elementales. Tan solo en zonas en donde la actual civilización materialista no ha llegado, los contactos se mantienen aunque de manera precaria.

Si pensamos que las máquinas, los fragores, las contaminaciones y las grandes aglomeraciones caóticas de gentes los aterrorizan y los destruyen, nos es fácil deducir que hemos alejado de nosotros el encanto de aquel viejo pacto con los Elementales.

Pero, si bien en niveles mucho más humildes que en la Antigüedad, los Elementales siguen en contacto con los humanos.

Contactos esporádicos con los Elementales

El folclore europeo, el mejor estudiado, registra aun en los últimos tiempos contactos entre los humanos y los Elementales. Si bien más adelante explicaremos algo sobre la naturaleza de los Elementales y no solo de los pequeños enanos y silfos, podemos adelantar una característica que es común prácticamente a todos los Elementales. Dado que sus cuerpos no son estrictamente físicos, poseen gran capacidad para cambiar de tamaño y forma, y así pueden asemejarse a los insectos o a las montañas, a los animales, a las plantas y a los humanos. Ciertas condiciones especiales los vuelven, en raras ocasiones, simulacros de los dioses y se convierten en vehículos de ellos.

Aunque el credo popular los hace parecer como enemigos de toda religión, esto es mentira y lo cierto es lo contrario. O sea, que los hoy más o menos ignorantes sacerdotes de religiones que han perdido su esoterismo, suelen condenar y atacar con todas las armas que les son posibles a las criaturas de la Naturaleza, de carácter pasivo, pero que, azuzadas, pueden llegar a reaccionar muy violentamente produciendo todo tipo de desgracias, convertidas así en lo que ellas no querían ser, en fuerzas temibles, dada la ignorancia de aquellos hombres que arrojan piedras sobre su misma cabeza y luego maldicen la piedra que los hiere.

Los Elementales, como casi todos los seres con cuerpos etéricos, se manifiestan más fácilmente en la penumbra y lugares escondidos y alejados, pues las descargas de los vientos fotónicos les lastiman la piel etérica, como a nosotros una fuerte tormenta de arena la piel física. Pero existen variedades en las zonas cercanas al Mediterráneo, concretamente en las muy magnéticas islas del mar Egeo, que resisten y aun gustan de los rayos del Sol, y sus apariciones son a primeras horas de la tarde, pasado el mediodía. Tienen aspecto y tamaño completamente humanos y en la Antigüedad clásica se decía

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

que su carne, que puede llegar a ser palpable y aun sólida, estaba constituida por una concentración de la luz de Apolo. Algo así como la carne angélica que los teólogos cristianos han atribuido a algunos ángeles.

La belleza de estos Elementales solares es proverbial, y tanto los de un sexo como los del otro gustan de tentar a los humanos jóvenes, los que, si caen exageradamente en sus juegos, sufren perturbaciones nerviosas frecuentemente irreversibles, e incluso locura basada en ideas circulares y obsesiones. De algunos afortunados se dice que perdieron el habla o quedaron ciegos.

Existe toda una curiosa fauna de formas elementales que suelen entereverse en los lugares oscuros o cuyas presencias se sienten de alguna manera instintiva. En otras ocasiones, un ambiente propicio y una psiquis humana presionada por emociones de temor e inquietud les facultan para hacerse visibles, y aun pasar por humanos a los que se consulta el buen camino o se les da una limosna.

Dejando de lado a los magos y a los verdaderos ocultistas, los que tienen más oportunidades de tomar contacto con ellos son los niños, los enfermos, las parturientas y los ancianos. Hay una mezcla en la naturaleza de los Elementales de un deseo ingénito de ayudar a los humanos más débiles, junto a un espíritu burlón, travieso y vengativo que aparece, especialmente este último, en presencia de las personas malvadas o desmedidamente orgullosas o despóticas. Como niños curiosos, tienen especial predilección por aquellos humanos que, al tener los cuerpos muy bellos o contrahechos, se destacan del resto.

Condiciones favorables para ver un Elemental

No vamos a hablar de las cosas ocultas ni de los medios por los cuales cualquier Espíritu de la Naturaleza está obligado a comparecer ante el exorcista. Nos referiremos a la disposición que debe asumir todo humano que quiera tener la experiencia indudablemente interesante de ver o sentir un Elemental, sin otra intención que la experiencia en sí, procurando que esta sea útil a su alma.

Vamos a señalar varios pasos sucesivos que hacen probable la visión o toma de contacto con un Elemental del tipo gnomo.

Primera fase: encontrar un lugar alejado de poblaciones humanas, preferentemente boscoso, pero al que se pueda tener un acceso normal, llegando a él sin angustias ni dolores que turben el ánimo. En estas aventuras hay que descartar todo tipo de montañismo o ruralismo en quienes no están habituados a ello y en quienes el esfuerzo físico desusado y las consecuentes perturbaciones emocionales, pueden desembocar en rechazos a los verdaderos Elementales y atracción de visiones y formas mentales que nada tienen que ver con los Espíritus de la Naturaleza. Es mejor no ver nada a creer ver meras fantasías.

Segunda fase: analizarse profundamente, asegurándose de que lo que se va a intentar no se hace por conseguir nada egoísta ni para presumir contándolo a los amigos o parientes. Considerar que, debido a la baja cota de protección o a fallos del aspirante, pueden acontecerle sucesos desgraciados; por lo tanto estar, de corazón, preparado para lo que Dios quiera. Para aumentar el índice de seguridad, no hacer uso de ninguna droga, tabaco ni alcohol y alimentarse frugalmente y llevar una vida lo más pura posible desde un par de meses antes de iniciar la experiencia.

Tercera fase: acudir al lugar solo o con una mínima compañía que esté buscando, en todo caso, lo mismo. Acampar en una tienda o casa rústica, tratando de hacer el menor ruido posible y hablando poco. Al ir al lugar en donde se espera el encuentro, no usar nada de metal que no sea oro o plata, y evitar en lo posible las ropas hechas con fibras sintéticas o con cueros de animales mal curtidos. Llevar el cuerpo limpio y la mente blanca de prejuicios y temores. Estar a la simple expectativa evitando toda ansiedad. Repetir mentalmente que tan solo se quiere ver o tomar contacto con un Espíritu de la Naturaleza con fines amistosos y pacíficos. Si a ello no se une la noción de compra, sino la de la dación, se puede llevar algún dulce aromático, frutos o perfumes y dejarlos a unos cincuenta metros del lugar en que el o los observadores se han de ubicar.

Cuarta fase: regresar al lugar del presunto encuentro tantas veces como sea posible, silenciosamente y con el mismo buen ánimo. Sentarse en el césped o sobre una rama y esperar desde poco después de la caída del Sol, hasta un par de horas pasada la medianoche; no llevar nada para beber o para comer que no sea un poco de agua y un puñado de frutos secos. Abstenerse de cualquier otra manifestación de una necesidad fisiológica. Permanecer siempre despiertos. Establecer un plan de número de días de permanencia y mantenerlo, se haya tenido buena fortuna o no. En caso de ver un Elemental, mantener una calma absoluta y recordar que no se trata de nada sobrenatural sino de otra criatura de Dios, como nosotros mismos. Si se le quiere decir algo y la distancia es prudente, hacerlo mentalmente pero moviendo los labios como si realmente se hablase. En último caso, intentar hablar tan solo con el aliento, en voz apenas audible pero firme y segura. Poner buena voluntad en lo que el Espíritu de la Naturaleza nos quiera manifestar y no acobardarse jamás. Aquel que viendo algo o creyendo verlo ceda al pánico, huya iluminándose con una linterna y no repita jamás en esta vida su intento, pidiendo más bien, en el fondo de su alma, tengan los Señores del Destino piedad para con su debilidad, la que compensará ejercitando actos piadosos y donaciones anónimas a los necesitados de la misma región en donde tuvo su experiencia. El lugar del encuentro debe estar libre de todo desecho humano y se elegirá para el experimento un período de noches que esté comprendido desde la luna nueva hasta la luna llena y jamás al revés.

Quinta fase: para evitarse problemas impensados, se haya coronado exitosamente o no la observación, no contarla a terceros que sean ajenos a estas cosas. Lo mejor es silenciar la propia experiencia o narrarla de manera impersonal, habiendo dejado pasar un buen número de años que hagan decantar los falsos entusiasmos y las falsas decepciones. Recordar siempre que el que logra ver o tomar contacto con un

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Elemental no es mejor ni peor que el que no lo logra, pues los caminos que eligen los dioses para nosotros son misteriosos, y no produce felicidad el tratar de resolver o interpretar enigmas que están más allá de nuestra comprensión en este momento de nuestra conciencia.

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

RELACIONES ENTRE LOS ELEMENTALES Y LOS FENÓMENOS NATURALES

El auge de las doctrinas materialistas que surgieron en los siglos XVIII y XIX como reacción más o menos justificada a los dogmatismos más o menos bíblicos de las iglesias de Occidente, ha convertido a la mayor parte de la Humanidad civilizada al credo de la casualidad, descartando la causalidad y el sentido de todas las cosas, una a una y en conjunto. El reconocer esa causalidad, como se había hecho durante milenios, implicaba la aceptación de un ser superior o Dios en el cual estaría el universo misteriosamente inmerso. Ser que velaría no solo por la marcha de las galaxias, sino también por la de los gusanos y –lo que menos convenía a los materialistas dialécticos o no– por la de los hombres.

El anatema materialista contra las iglesias y los curas se hizo extensivo a las formas tradicionales de ciencias, letras y artes. Todo lo tradicional se vio como absurdo, pues bien sabemos que cuando una avalancha se desata, no se detiene a la vera del camino, sino que arrasa con todo hasta que pierde su fuerza cinética. Así, la brutalidad materialista, aprovechándose de los cobardes y de los tibios, de los cuales renegó hasta Jesús, sepultó y pisoteó lo que quedaba a disposición del público de todo lo que antes se sabía. Se aprendieron cosas nuevas pero se olvidaron las antiguas, con lo que el cacareado avance de la civilización materialista ha quedado en cero, empantanada en sus propios detritus cuya contaminación pone hoy en terrible peligro la vida misma del planeta que llamamos Tierra.

No nos extraña entonces que se consideren los colores de amaneceres y atardeceres como meros reflejos y refracciones; las tonalidades del mar como fruto de combinaciones termoquímicas; y el principio y el fin de la vida de las plantas, los animales y los hombres como simples impactos casuales. En un mundo donde todo se ve así, nada deja de ser despreciable y aburrido y ello justifica la indefinible angustia que está llevando a la droga y al suicidio aun a los niños de la presente forma civilizatoria.

Los filósofos esoteristas no negamos el juego de interacción de los fenómenos ni los hemos negado nunca. Y ruego en nombre de tantos venerables antecesores no se nos confunda con los charlatanes que sobre estos temas han existido siempre, ni con los sacerdotes exotéricos que cuidaron más el perímetro de sus abundantes barrigas que el de sus escualidos cerebros. Pero una cosa son los efectos y otra cosa son las causas, y no ya las físicas que, como sabemos desde siempre, son a la vez efectos de otras causas anteriores, como lo señala el karma de los hindúes, sino de aquellas metafísicas que dan sentido y finalidad a toda fenoménica y a toda fenomenología.

La ciencia tradicional nos enseña que los Espíritus de la Naturaleza intervienen en todos los fenómenos naturales. Sus almas grupales acumularon la experiencia que conformó los ritmos de crecimiento de las cáscaras de las nueces para hacerlas más resistentes y para que puedan, sin embargo, retener en sus circunvoluciones la suficiente

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

humedad como para que el duro envase se rompa en el debido tiempo de la germinación. La misma experiencia diseñó las escamas de los peces para hacerlos flexibles e hidrodinámicos; pintó ojos de búho en las alas de las mariposas nocturnas para espantar a sus perseguidores y dio luces fosforescentes a los habitantes de los abismos marinos para que pudieran alumbrarse y hacer sus reclamos. Proporcionó emisiones supersónicas al murciélago para que pudiese volar en la absoluta oscuridad, y una forma de giróscopo a las aves migratorias para que pudiesen realizar sus prodigiosos viajes en los cuales se les va la vida.

Los Elementales de nivel superior agregaron a la practicidad la belleza, y orlaron los bordes del manto marino con los armiños de las espumas, modelaron ciudades y torres con las nubes, y rostros austeros con las piedras. Utilizaron todos los medios a su alcance para que el Sol nos deslumbrase durante el día y las estrellas, tanto las existentes como las que ya no existen, embellezcan la negrura de nuestras noches. No crearon todo ello, pues eso estaba fuera de su alcance, pero nos permitieron admirarlo y dieron a la Naturaleza los toques de color y sonido que nos hiciesen soportable y aun feliz nuestra estancia en esta dimensión. La música, el color, la arquitectura, la danza, todo fue reunido armónicamente por estos portentosos artistas.

Los ángeles custodios, otra variedad de Elementales, insertaron en nuestras castigadas almas la esperanza, el entusiasmo, y levantaron con ayuda de los silfos de los vientos los gallardetes que huelen al bronce de la gloria y se aliaron con los gnomos para que busquemos tesoros escondidos y nadie se sienta irremisiblemente pobre.

Son los que, un día Servidores de Anubis o de Caronte, hoy ayudan a las almas en el siempre difícil momento de la desencarnación y del nacimiento a una nueva vida, llamando para los elegidos la contribución de las dotes de las hadas madrinas en ese momento en que la relación de los astros dibuja puntas de flechas en las cartas natales de los horóscopos.

El ángel de la guarda

Uno de los tantos mitos (realidades psicológicas) que el cristianismo ha recogido de las antiguas religiones místicas es el referente al ángel de la guarda.

Cuando un niño nace, dicen las antiguas enseñanzas, sus principios superiores no encarnan de golpe, sino que lo hacen paulatinamente, por lo que el recién llegado está desprovisto de un verdadero cuerpo mental y sólo puede utilizar un subcuerpo mental de su cuerpo emocional. Esto lo torna frágil ante las circunstancias de la vida. Por ello está dotado hasta la edad de siete años, de la compañía incansable de un Elemental que le sugiere, como si fuese una voz interior, las cosas que debe evitar por ser peligrosas. Es una forma de manifestación de un instinto inteligente o por lo menos adiestrado, porque ya veremos más adelante que los Elementales no son exactamente inteligentes.

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Se le ha representado con figura humana, generalmente el de una joven muy bella provista con grandes alas, que en el viejo simbolismo significan custodia y también presencia de la muerte. A veces lleva en la mano una rama de nardos luminosos o un simple farol.

Descontando las excepciones, solo los niños pueden verlo o percibirlo de alguna manera. Su cuerpo es sumamente plástico y asume las formas que le pueden ser más simpáticas al niño, y si este es receptivo le enseñan juegos y le presentan a los danzarines gnomos y a los inquietos elfos que habitan las corolas de las flores.

El ángel de la guarda es un servicio más que la Naturaleza da a todos los humanos sin excepción. Desgraciadamente, con el correr de los últimos dos siglos, la contaminación ambiental y el automatismo con que se educa a los niños en las grandes ciudades, introduciéndolos en la vida de los adultos antes de tiempo, disminuye el poder de custodia de la Naturaleza y el ángel de la guarda se convierte en un testigo rígido e impotente ante la degeneración de nuestra raza.

El extraño poder de los nudos

En todas las antiguas representaciones de símbolos mágicos vamos a ver figuras de entrecruzamientos, desde las marcas de redes sobre la cerámica del neolítico japonés hasta las esvásticas de los templos hindúes y de las vasijas griegas, los quincunces de Teotihuacán o los nodos medievales que luego van a adornar los sombreros de los obispos católicos. Los marinos de todos los tiempos han desarrollado un arte y un rito del hacer y deshacer nudos, y por la forma en que cada uno los efectúa se reconoce si pertenece o no a la milenaria cofradía de los Hijos de Poseidón.

Amuletos celtas y romanos nos muestran los dedos de una mano entrecruzándose y todavía hoy muchas personas lo hacen para detener los procesos malévolos que presienten les depara la suerte.

Algunos Elementales del tipo de los gnomos y las hadas pueden ser vistos más fácilmente a través del nudo hueco en la madera de un viejo árbol.

El nudo y la madeja están ligados muy estrechamente al mundo de los Elementales, de los genios y aun de los grandes ángeles. Es una madeja la que tejen y destejen las Parcas, hasta que la llamada Atropos corta la fibra con una tijera mágica y el hombre señalado muere. Es un nudo el que los Elementales de la Historia le presentan a Alejandro como condición previa a su conquista de Asia, nudo que según algunos perteneció a una cuadriga encantada, y según otros era el resto de un gran libro de la vieja cultura nódica que venía de la lejana China.

También es un nudo el que tradicionalmente se hace en el cordón umbilical cuando nace una criatura, y por eso el Onfalos de Delfos aparece cubierto de nudos y cuerdas entrelazadas. Un nudo es el cruce de caminos que los dioses ofrecen a Edipo y donde él elige su tragedia; un nudo, la encrucijada de los tarots de origen egipcio, y un

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

nudo, la bifurcación de los senderos que en la mitología medieval se presenta al caballero en trance de ser Iniciado.

Así, en todo momento de la Historia de la Humanidad, el nudo ha sido uno de los símbolos de su unión con los Elementales y con los dioses que los rigen. Las Cosas Primeras no están clavadas ni soldadas entre sí, sino que están sujetas elásticamente, y al convertirse en funcionales hacen música y existen en la oscuridad... Están atadas.

¿Los Elementales son extraterrestres?

A pesar de todas las aperturas psicológicas que en el siglo XX se han manifestado hacia el cosmos y el hecho físico de que hasta el momento dos hombres hayan pisado la Luna, y que aparatos especiales estén atisbando la fotosfera solar y los más lejanos planetas, se sigue dividiendo de manera arbitraria lo terrestre de lo extraterrestre. Si lográsemos realmente ampliar nuestra concepción del universo y ver a nuestro planeta como un árbol más de un inmenso bosque, podríamos entender muchas cosas que por ahora nos están vedadas.

Pero el proceso de geocentrismo y antropocentrismo es muy largo y guarda una inercia muy fuerte. En el momento en que esto se escribe, existen aún millones de personas que creen que Dios, el Dios absoluto, encarnó por una sola vez y únicamente entre determinada tribu de hombres de este planeta, y no en ninguna otra oportunidad ni lugar. Esto reduce lo extraterrestre al papel de un simple marco o contenedor menos válido que la Tierra.

Por otra parte, los problemas crecientes de nuestro siglo –a los que no se les ve solución– han engendrado una psicosis de huida hacia adelante, y a partir de ciertas observaciones de objetos voladores aún no determinadas ni confirmadas, se ha conformado una neo-mitología de invasores de otros mundos que, como ángeles inocentes y a la vez vengadores y redentores, estuviesen acechando la marcha de la Humanidad.

Por ello no faltan quienes se preguntan si los Elementales son de origen extraterrestre, o si hay Elementales fuera de la Tierra.

Si profundizamos en lo referente al origen, llegaremos a la conclusión de que todos somos extraterrestres, pues es imposible que la Tierra haya existido desde siempre. Siendo el espíritu humano inmortal, ha de haber habitado en alguna otra parte antes de que la Tierra existiese, y seguirá manifestándose en otros sitios cuando este planeta haya cumplido su ciclo físico y se destruya. Esto no quiere decir que hemos llegado en barcas espaciales ni en cohetes a la manera de los que construyen los humanos actuales. Las viejas enseñanzas nos hablan de migraciones cósmicas de grandes grupos de almas que cambian de casa, dejando la más vieja y en ruinas por una recién construida y apta para obtener en ella nuevas experiencias.

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Siendo los Elementales una forma de vida diferente de la humana, pero una forma de vida al fin, debemos suponer que estos también se desplazan de planeta en planeta, de astro en astro, siguiendo la misteriosa ruta que marca el sentido de todo lo que existe.

Asimismo se nos dice, y ya lo hemos citado, que existen Elementales que rigen y custodian a los mismos astros y que no debemos confundirlos con los Espíritus de esos astros que tienen por cuerpo sus más o menos esféricas formas. Los tibetanos llamaron Chohanes de luz, o Dyan Chohanes, a estos inmensos y poderosísimos Elementales que cuidan los cuerpos materiales del cosmos. Así, nuestra Tierra tiene su Dyan Chohan que la rige, y todos los demás cuerpos celestes tendrán el suyo. Aparte de esto, una verdadera fauna de Elementales vive en los espacios extraterrestres que hoy la ciencia oficial ya reconoce, no como vacíos absolutos tal cual se afirmaba a rajatabla hasta hace menos de un siglo, sino como espacios llenos de una forma de atmósfera mucho más sutil que el aire que respiramos. Cosa por lo demás lógica, pues la condensación de la materia ha de ser gradual y así las partículas estarán más espaciadas en los lugares alejados de los centros de concentración gravitatoria que constituyen los astros físicos.

Estas computadoras –mucho más perfeccionadas que las que conocemos y las que vamos a conocer–, que son los Elementales, se encargan del mantenimiento automático de todo el cosmos y de sus habitantes. Han sido programadas por los dioses, los que a su vez son hijos del enigma al que llamamos Dios.

Recomendamos al lector no crea por esto que los Elementales son simples máquinas. Veamos bien que nuestro propio cuerpo físico, el vital, el emocional y la parte inferior del mental, son asimismo especies de bio-robots o computadoras y no por ello los consideramos despreciables, sino todo lo contrario... y hasta en demasía.



El término y denominación de *espíritu* es tan impreciso e inapreciable como los espíritus mismos. No es materia, no es energía... está más allá. No es solamente metafísico, sino que también es metaenergético y aun pararracional. Pero no es la finalidad de este pequeño libro el tratar de tan profundas cosas sino que, cuando mencionamos a los espíritus, lo hacemos limitándonos a la identificación de un ser para diferenciarlo de una cosa, o por lo menos las formas menos evidentes del ser a las que llamamos cosas.

Dentro de tan humilde tónica nos referiremos a la línea evolutiva o línea de vida en que se hallan los Elementales.

¿Existe realmente la evolución?

Cuando en el siglo XIX se lanzó la teoría evolucionista –que pronto se hizo dogma de fe en contra de las advertencias que uno de sus más grandes impulsores, Darwin, había efectuado– se pensó que se había descubierto la llave de oro del universo.

Indudablemente, la nueva teoría (que en realidad, en muchos de sus elementos había sido ya conocida en Oriente, desde India al Tíbet y Egipto, a la vez que Occidente la conoció popularizada por los pitagóricos) era muy interesante y barría muchos tabúes, nacidos del estudio monocorde de la letra muerta de la Biblia. En esta obra, en seis milenios, el llamado Antiguo Testamento hace entrar a todos los seres vivos conocidos, que sin transformación ni adaptación entran y salen del Arca y llegan hasta nuestros días, incluyendo al hombre adámico; pues el que pudo haber surgido de Caín y las mujeres de la Tierra de Enoch, salvo el relacionarlo tardíamente con los aborígenes americanos, no era mencionado.

Las primeras excavaciones y estudios cuidadosos de las colecciones paleontológicas ya existentes, mostraban claramente que el planeta había sido habitado en tiempos pasados por una fauna y una flora diferentes a las actuales. Pero la ola evolucionista fue tan arrasadora que no se detuvo mayormente en detalles y dio por sentado que el hombre no era lo que Darwin había propuesto, como un hermano mayor del mono, sino su propio descendiente. Los positivistas socializaron la nueva creencia y dividieron con mucha seguridad –y en estancos que se excluían si se les daba simultaneidad– el pasado humano en cuatro períodos: el primero, mágico; el segundo, religioso; el tercero, filosófico-metafísico; y el cuarto, la corona, el científico-positivo.

Todo esto, enfáticamente enseñado en todas las casas de estudio prestigiosas y apoyado en un evidente triunfo de la civilización occidental sobre muchas enfermedades que habían sido consideradas como maldiciones de Dios; en un mundo en el cual todo parecía ir en violento crecimiento y perfección, ayudado por la oposición cerril de las

Iglesias, que cedieron cuando ya era demasiado tarde y se sumaron en especial casuística a la mayoría de las ideas –incluso políticas– evolucionistas, hizo que entrásemos en el prodigioso siglo XX con la seguridad absoluta de que la evolución es un hecho incontrastable.

Pero pronto se analizaron las voces de alarma que, ya en el siglo pasado, se habían alzado desde numerosas y diferentes posiciones. La ciencia de la excavación sistemática, que normalmente llamamos Arqueología, y la Museística demostraron que la evolución, de existir, no es algo tan simple y escalonado como se había pensado, sino que encierra enigmáticos ciclos, aparentes avances y retrocesos, convivencia de formas de civilización mágica con la científica y aun con la técnica más avanzada, como es innegable ante la evidencia de ejemplos tan lejanos como las pirámides de Egipto y las murallas de Sacsahuamán en Perú. En cuanto al hombre en sí, jamás se encontró el eslabón perdido que lo relacionaría con el mono, pues la aparición de las mediciones con carbono 14 demostró que el famosísimo cráneo de Piltdown había sido un puzzle hecho en broma por estudiantes basándose en fragmentos de cráneo de un negro, de un mono y algunas puntas de flechas artificialmente envejecidas.

Hoy sabemos que, antes de la nuestra, hubo otras civilizaciones muy brillantes, y que la tan calumniada Atlántida, cuyo último resto cita Platón, existió efectivamente y está sumergida en medio del Atlántico, aunque en la fecha en que escribo aún no se hayan encontrado –o no se hayan sabido analizar– hallazgos que demuestren que estuvo habitada por seres humanos.

De cualquier forma, es evidente que la evolución existe, aunque esté encerrada en la gran danza de marchas y contramarchas, en búsquedas laterales e independientes en pos de la perfección. No es la cantada por los evolucionistas del siglo XIX, pero existe y aparentemente ha existido desde las primeras manifestaciones... de la forma. Y esto es lo que queremos destacar.

Las bacterias, por ejemplo, son muy simples y poco evolucionadas y, sin embargo, se han mantenido igualmente fuertes durante millones de años, sin cambios aparentes. Algunos insectos fósiles, concretamente las libélulas del Mesozoico, se hallan hoy encerradas en sus tumbas de piedra, diferenciándose de las actuales tan solo en el tamaño. ¿Es realmente la forma lo que evoluciona? ¿No podemos pensar en una mayor toma de conciencia de las almas y en un mayor desarrollo de la vida que hace cambiar las formas, tal como las sucesivas fotografías de una banda de cinematógrafo pasadas rápidamente ante nuestros ojos, nos dan la idea de una evolución continua y aparentemente inacabable? Si todas las cosas están animadas, pues el alma es la razón de la existencia de lo animado, ¿por que los insectos no han cambiado sus formas como los mamíferos? ¿Por qué se han encontrado bacterias que provienen del Paleozoico y que son más o menos idénticas a las actuales?

Si los vegetales, los animales y los hombres son todos espíritus que buscan su perfección a través de innumerables reencarnaciones, ¿por qué unos cambian tanto que decimos que evolucionan con el tiempo y otros no? Y aunque negásemos el espíritu y sus reencarnaciones, en el más puro estilo materialista del siglo XIX, esto no nos

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

solucionaría el problema, pues los fósiles y sus improntas siguen burlándose, unos sí y otros no, de cualquier teoría evolucionista... Y de cualquier teoría antievolucionista.

Nos queda una posibilidad de entendimiento, a la luz de la enseñanza tradicional. Es la de que no todos los seres vivos están en la misma línea de perfeccionamiento, o si nos referimos a algo más que la mera forma, que todos no estamos en la misma línea de evolución.

La línea de evolución dévica o elemental

Según las antiguas enseñanzas, conviven en la Tierra no menos de siete líneas de evolución. E incluso entre los seres manifestados y visibles hay diferencias de caminos evolutivos, y el paso del tiempo-experiencia se plasma de una forma en unos y de otra (o de ninguna visible) en otros.

Los Elementales pertenecerían a una línea de evolución, por así llamarla, distinta a la de los humanos. No queremos decir que sea eternamente distinta, sino que en el período de tiempo que podemos concebir son diferentes.

Característica principal de la línea elemental es que sus individuos no lo son, estrictamente hablando, pues carecen de un Yo como el que tienen los humanos; no tienen mente como nosotros y por lo tanto no pueden reconocerse ni conocer de la misma manera. Los esoteristas indos los llaman *devas* por lo brillantes, pero también *amanasas* por carecer de mente. No tienen lo que llamamos la voz de la conciencia, y no distinguen moralmente el bien del mal. Si no hacen daño no es por ética, sino porque sus programas no contemplan agresiones inútiles y peligrosas para los mismos que las practican. Pero cuando son agredidos y la agresión sobrepasa el límite de seguridad que llevan como impresa en su estructura íntima, el Elemental puede agredir y continuar haciéndolo hasta la extinción formal de su enemigo.

Esta característica de carecer de mente hace que, como antes escribimos, no teman la muerte. Pero tampoco saborean las mieles de la inmortalidad ni prueban los agujones de la duda.

Los habitantes de las estatuas

Habría llamado la atención al lector la gran importancia que dieron todas las civilizaciones antiguas a las estatuas, no solo con fines estéticos sino atribuyéndoles poderes mágicos y prodigios. Esto no se ha perdido y podemos ver todavía, tanto en Oriente como en Occidente, numerosos exvotos que rememoran prodigios curativos realizados por estatuas de dioses o por imágenes de santos.

La ola renovadora que se plasmó con el papa Juan XXIII, en este siglo XX (lo aclaramos pues hubo otro Juan XXIII, al cual mejor no nos referimos), llegó hasta

algunas iglesias con la proposición de cambiar sus viejas imágenes y estatuillas semideshechas por otras enteras que las reprodujeran, pero el pueblo reaccionó con su sano instinto y se opuso terminantemente a esos cambios. De alguna oscura manera las gentes sabían que las viejas imágenes estaban cargadas y que las nuevas no lo estarían. Pero... ¿cargadas de qué? ¿Qué es lo que permite a determinadas imágenes, por lo general antiguas, tener el poder de conceder algunas de las cosas que se les piden y aun realizar ciertos prodigios que la ciencia actual no alcanza a explicar, como los recientemente estudiados de la Virgen de Guadalupe, de México?

Sabemos que se han montado muchas patrañas, que se taparon con cera diminutos agujeros en los rostros para que el calor de las velas encendidas provocase a la larga un simulacro de lágrima, y así tantas cosas. Pero la gama de engaños antiguos y modernos no cubre todos los grandes y pequeños fenómenos paranormales registrados. Desde Herodoto hasta los actuales periodistas-historiadores, nos siguen asombrando con relatos de fenómenos casi increíbles.

También aquí, siguiendo la tónica de este pequeño libro, recurriremos a la antigua sabiduría, la que nos enseña que los hombres, desde tiempo inmemorial, guardan –por lo menos algunos– el arte mágico de insuflar en las estatuas Espíritus Elementales, generalmente muy poderosos, que un mago o un gran artista (que es una forma de mago) ha encerrado en mármol o bronce y lo ha programado para asistir a quienes a la imagen imploran. Para ello recurren a las formas mentales, que no debemos confundir con los Elementales, pues son creaciones de la mente humana, pero que sirven para dar direccionalidad y sentido de acción al Elemental envuelto en el proceso.

No siempre son benéficos los espíritus de las estatuas. En algunos casos, bien por voluntad intencional de aquellos que las cargaron o por simple manipulación indebida, se produce una rebelión en los objetos (¿fue eso lo que afectó a lord Carnavon cuando se descubrió la tumba de Tutankhamón?) que activa fuerzas psicológicas por nuestro siglo desconocidas, y se precipitan desgracias sobre los humanos y sobre lo que ellos aman.

Los que frecuentamos laboratorios de museos, sabemos por experiencia propia que las antiguas imágenes, amuletos, estatuillas, no están totalmente inertes. Tienen una forma de vida propia que es saludable no contradecir. También sabemos que sobre este tema se ha fabulado e inventado mucho, hasta el extremo de que una sala de museo se hace aparecer como una forma de caja de sorpresas hechiceras. No hay tal; de noche o de día, quienes respetuosamente se acercan a las viejas estatuas y amuletos y los tratan sin temor y con la buena intención de preservarlos, no tienen nada que temer. Incluso existen antiguas piezas que demuestran su satisfacción con oleadas de perfumes de rosas o de incienso que no tienen fuente física aparente.

Los antiguos utilizaban extrañas aleaciones y piedras raras, así como cerámicas cocidas hasta determinados grados cercanos a la carbonización (en esto último eran muy expertos los ceramistas sumerios y babilónicos) para mejor fijar un poderoso Elemental en sus estatuas. Tal es el caso de las aleaciones imposibles que utilizaron los egipcios (llamadas por los griegos *electrum*) y por civilizaciones antiguas americanas, como los

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

mochicas y los chimús, llamadas por los incas *tumbaga*. Las piezas confeccionadas así mantienen al Elemental en posibilidad de actividad durante muchos miles de años.

También las formas mentales de las gentes, simplemente con su entusiasmo y sacrificio, llegan a cargar banderas y estandartes, escudos heráldicos y logotipos que adquieren una forma de vida propia, que reciben y absorben carga psicológica, pero que también la derraman generosamente cuando es necesario. Pero la forma mental no basta porque sería demasiado efímera. Ella atrae a un Elemental y entre ambos configuran una máquina eficaz que actúa sobre el consciente o sobre el subconsciente de las gentes. Incluso lo que los actuales psicólogos llaman inconsciente colectivo se ve fuertemente afectado por las imágenes cargadas o por sus simples réplicas.

Esto explica por qué, a pesar de haber perdido sus respectivas guerras y no gozar de la aprobación consciente universal, se venden mil esvásticas hitlerianas por cada bandera inglesa o norteamericana, y mil bustos de Napoleón, justamente en Waterloo, por cada uno de Wellington.

Los habitantes de las estatuas, las cargas de las banderas y estandartes, pueden transferirse a otras, pero este es un tema demasiado largo y peligroso para tratar en un libro de difusión pública, como pretende ser este. Baste con lo dicho.



LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

ELEMENTALES Y ESPIRITISMO

Cuando a Platón le preguntaron si los espíritus que se aparecen en las encrucijadas de caminos a los viajeros son superiores y benéficos, él respondió que no, pues ninguna alma humana que hubiese dejado su cuerpo y tuviese una elevada calidad, andaría rondando por este mundo en busca de las terrestres sensaciones que, tras la muerte, tendría que haber superado. Es evidente que el famoso Iniciado no se refería a los Espíritus de la Naturaleza. Pero ¿pueden las almas desencarnadas de los hombres corporeizarse en algunas ocasiones y competir, en cuanto a apariciones, con los Elementales?

Vamos a tratar de contestar a esta pregunta.

Hemos hablado de los planos de vibración en nuestro universo. El hombre tiene, en cada uno de esos planos, una posibilidad de conciencia, que en el caso de los cuatro inferiores se ha plasmado ya y constituido verdaderos cuerpos, con sus subcuerpos que harían las funciones de tejidos, aparatos y órganos en distintas dimensiones, en un todo de gran complejidad y perfección. Cuando a ese todo se le retira el alma, empezando por el más bajo de los cuerpos, el físico, y decimos que un hombre muere, dichos cuerpos tienden a deshacerse volviendo a la materia amorfa al carecer ya de estructuras –llamémoslas magnéticas– que los han retenido bajo diferentes formas y los han relacionado y regulado. El robot biológico se convierte en una especie de chatarra que se desguaza y cuyos componentes simples, renovados, servirán para formar otras estructuras vivientes en el futuro, siguiendo la ley de la Naturaleza que descubrió Lavoisier por la cual "nada se pierde, todo se transforma". Este fenómeno de reconversión nos es evidente en el cuerpo físico, pues cualquiera puede comprobar cómo se corrompe y de qué manera los elementos químicos que anteriormente se mantenían en relaciones equilibradas, tienden a escapar cada cual según su propia naturaleza, con la inevitable destrucción de un cuerpo que carece ya de utilidad al alma, por lo que pierde el factor vital que se reflejaba en un ecosistema termodinámico.

Lo mismo ocurre, a la muerte del hombre, con sus cuerpos superiores psicológicos, aunque el fenómeno no pueda ser tan fácilmente observado al desarrollarse en planos sutiles a los cuales la gran mayoría de los mortales no tiene acceso. Pero ello ocurre cuando las leyes de la Naturaleza lo determinan, pueda ser observado el fenómeno por muchos, por pocos o por ninguno. Un hierro en contacto con el agua se oxidará inexorablemente aunque lo escondamos en una caja y lo enterremos muy profundamente.

Estos cuerpos que se deshacen, así como ocasionalmente los restos de una casa en ruinas sirven de albergue a los animales del campo, no siempre alcanzan su destrucción completa normalmente. En algunas oportunidades, este cascarón, que la eminente esoterista H.P. Blavatsky llama Elementario, logra conservarse casi entero, bien por las circunstancias que le rodean o bien por alguna variación íntima en el

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

proceso de descomposición, como ocurre con los más o menos famosos cadáveres incorruptos.

Estos cadáveres psíquicos se mantienen por un tiempo prácticamente enteros, con características parecidas a las que tenían cuando eran, efectivamente, vehículos de un alma humana. Y del alma que los habitó guardan apariencias y características, recuerdos y modalidades. Estos son los que habitualmente bajan sobre los médiums en las sesiones espiritistas. Cualquiera que alguna vez haya concurrido a estas reuniones de personas, por lo general buenas y religiosas (que solo tratan de contactar con sus muertos queridos con ayuda de una o varias personas especialmente sensibles, a quienes potencian ambientes adecuados, palabras y músicas oportunas y el magnetismo producido por la unión de las manos de los asistentes o por apoyarlas de la misma manera sobre una mesa, o en los brazos de un sillón) habrá notado que las palabras escritas o pronunciadas por el médium suelen estar entrecortadas y no pocas veces llenas de interferencias e interrupciones.

Pueden darse asimismo otras dos posibilidades.

La primera, la más rara, que el alma humana, bien por haber desencarnado hace muy poco y estar aún excesivamente ligada a los que dejó en este mundo, bien porque su propia naturaleza poco espiritual la retenga en los planos psíquicos mucho tiempo, se sirva nuevamente de los restos de sus vehículos más bajos y de la carga magnético-psíquica de los asistentes para manifestarse a través del médium. Queremos destacar que estas prácticas en nada benefician al alma desencarnada, pues la vuelven atrás en su marcha ascendente e impiden su merecido descanso en el plano superior, cielo o Devachán que le corresponda por propia naturaleza y logros kármicos acumulados.

La segunda, más frecuente, es que el Elementario o cascarón, atraído por el círculo espiritista, sea habitado por un Elemental, un tipo de genio más o menos burlón que, como un espejo, refleja las imágenes que se le proyectan. Este es el caso en que los Elementales se ponen en contacto con los humanos a través de prácticas de espiritismo o de hechicería y, bien solos o con la ayuda de algunos compañeros de juerga, asustan a las personas con ruidos, luces y aun con portentosos movimientos de pesados muebles. Hay fenómenos excepcionales que se tornan incontrolables para la crédula asamblea que los provocó. En esos casos, lo más práctico es encender la mayor cantidad de luces posible, abrir puertas y ventanas para que corra el aire, e irse cada uno a su casa habiendo aprendido la lección y tratando de no jugar más a aprendices de brujos, pues no se descartan las posibilidades de accidentes peligrosos y de trastornos psíquicos, sobre todo en el que actúa como médium, que suelen ser irreversibles por daño real del sistema nervioso.

Cabe preguntar si jamás, en ningún caso, los espíritus de los humanos desencarnados pueden tomar contacto otra vez con sus seres queridos que aún están en esta dimensión, prescindiendo de las peligrosas prácticas del espiritismo.

La respuesta es positiva. Sí, pueden hacerlo, pero es muy excepcional que bajen a los encarnados y sí más fácil que, mediante la oración y la meditación, sean las almas

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

de las personas vivas las que se eleven por encima de sus requerimientos inferiores y lleguen a tomar contacto telepático con los desencarnados. Estas eran las prácticas que se hacían en los templos de las viejas religiones místicas y las que, de manera mucho más restringida, logran algunos en la actualidad, bien por haber sido enseñados o por intuición de las cosas ocultas.

Las antiguas pitonisas efectuaban este fenómeno, pero protegidas por huestes de Elementales o ángeles custodios, en lugares especiales de la Tierra y bajo la dirección de algún sacerdote Iniciado en los Misterios. Mas el péndulo del Reloj de la Historia ha barrido con todo ello y todavía no ha sonado la hora de su regreso, si bien está cada vez más cercana y el interés de millones de personas por estos temas esotéricos lo preanuncia.



LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

EPÍLOGO

Como todas las cosas que se manifiestan, este manual o pequeño libro ha terminado. El autor dudó varias veces entre un desarrollo mucho mayor de algunos temas y el silencio total que hiciese al lector pasarlos por alto. Pero se buscó, salvo excepciones, un justo medio que permitiese al que tuviera la paciencia de leer y reflexionar lo leído, un acceso desusado al conocimiento actual sobre los Espíritus de la Naturaleza o Elementales. Y no nos referimos a sus descripciones folclóricas, que de esas las hay muy buenas, sino a lo que los Elementales son realmente, más allá de las costumbres y de las ópticas particulares de cada pueblo. Los temores y las creencias ciegas, por lo general, dan una imagen deformada de la realidad.

Como filósofo acropolitano, el que esto ha escrito no ha querido presentarlo como un tema aislado, sino como parte de una cosmovisión perdida mucho más natural y descontaminada que la que está en boga en la actualidad. Así como al arqueólogo le es difícil imaginar la forma correcta de un vaso teniendo tan solo en las manos un muy pequeño fragmento, el interesado en los temas esotéricos no logrará una comprensión sólida si se basa tan solo en alguna particularidad que momentáneamente le interese.

Por mal que suenen estas palabras ahora, para comprender la vida en cualquiera de sus manifestaciones, ya sean físicas o metafísicas, hay que comprometerse, revisar y limpiar cuidadosamente toda nuestra escala de valores y tener la fuerza de afirmar sólidamente lo que creamos válido, así como arremeter contra lo que nuestro juicio nos señale como inválido.

Las medias tintas y las tibiezas no son el justo medio, ni la ecuanimidad, ni la justicia, ni la bondad... y mucho menos la verdad. Los extremismos son malos y las mediocridades también. La verdad se halla en otra parte. En un lugar maravilloso al que se llega a través del esfuerzo inegoísta, de un naturalismo sin fanatismos, de una mística sin sectas y de una espiritualidad tenaz y paciente.

Hace falta estudiar y trabajar mucho.

Hace falta renovar el valor y el coraje en nuestras vidas de manera que nos atrevamos realmente a levantar las pesadas tapas que guardan los secretos. Pero recordad el mito iniciático de la caja de Pandora: quien no esté preparado y lo suficientemente purificado, al que impulse tan solo la curiosidad o la ambición de poderes, no ose y no conozca, pues no podrá luego callar.

Lo que más precisa la presente Humanidad es un poco de sana espiritualidad, de paz en el alma, dando menos importancia al cuerpo y sus pasiones. Pero hoy hay muchos que hablan del maíz y del trigo olvidando la mirra y el incienso. Debemos ayudarlos a recobrar el equilibrio perdido para que la marcha hacia el futuro deje de estar ensombrecida por negras nubes de malos augurios.

LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

"NADA HAY SUPERIOR A LA VERDAD"

*Comenzado en agosto de 1982,
este libro se terminó de escribir en la celda 35 de la
Hospedería Benedictina del Valle de los Caídos, España,
el 25 de enero de 1984*

